

## ABDUL CUMPLE SU PALABRA

ABDUL era un muchachito de Persia que vivía con su mamá y otro hermano en las altas mesetas del Irán, alejado de todo movimiento y actividades a los cuales nosotros estamos acostumbrados. Pero Abdul, como cualquiera de nosotros, quería educarse. Quería ir a la escuela y aprender más de Jesús; quería saber cómo predicar a otros del amor de Dios que envió a su único Hijo para que muriese por nosotros. A nosotros nos parece muy común todo esto, porque estamos acostumbrados a ver escuelas y maestros en cada pueblo y resulta muy fácil estudiar en nuestros países; pero en Irán, como se llama ahora el reino de Persia, no hay tantas facilidades y Abdul tenía que irse a Teherán, la capital de su país, a un colegio que los misioneros habían abierto y en el cual podría aprender a predicar a la gente de su aldea que Jesús había muerto para salvarlos. Es así como un día Abdul dijo:

-Mamá, he decidido ir a la escuela del misionero.

-Bueno, hijo, si estás seguro de que quieres hacerlo, dividiré tu herencia con tu hermano y te llevarás la mitad. Tengo ochenta denarios. Llévate cuarenta, y que Dios te bendiga. De manera que Abdul hizo todos sus preparativos para el largo viaje a la escuela del misionero, y cuando pasó una caravana en camino a Teherán, Abdul se unió a ella y comenzó su viaje. Pero antes repasemos un poco lo que sabemos de los viajes de caravanas en los desiertos de Asia. Se juntan varios viajeros que desean ir a un lugar determinado, y se combinan para viajar con sus camellos y caballos en un grupo, para mejor protección contra ladrones y bandidos que asaltan a los viajeros solitarios. Además, si se va en caravanas, siempre es más seguro en caso de accidentes o emergencias. Por eso, cuando alguien quiere viajar por esos desiertos, espera que pase una caravana. Así hizo nuestro amiguito Abdul. Tras alguna espera, una caravana llegó a su aldea y Abdul terminó sus preparativos, y cuando estaba por partir, su madre le habló y le dijo:

-Abdul, hijo mío, prométeme ahora que jamás dirás una mentira y que nunca retendrás para ti lo que no te pertenezca.

-Sí, madre, te lo prometo. Ten confianza en mí. Me voy ahora; hasta la vuelta, madre.

Con esta despedida Abdul comenzó su largo viaje por los desiertos, y a medida que los días pasaban y se iban acercando a unas montañas muy solitarias por las cuales debían pasar, varios de los mercaderes de la caravana comenzaron a expresar sus temores por los bandidos que rondaban en la vecindad de esas montañas.

Abdul no sabía mucho de bandidos, salvo que atacaban a las caravanas y se llevaban lo que querían y a veces mataban a los viajeros. Y eso era suficiente para asustar a cualquiera, pero Abdul tenía confianza en que Jesús quería que él se preparase para enseñar a otros del amor del Salvador, y estaba seguro de que a él no le pasaría nada.

Una tarde, cuando ya creían estar fuera de la zona infestada de ladrones, la caravana fue atacada y muchos de los viajeros murieron a manos de los bandidos. Uno de los ladrones pasó cerca de Abdul y le preguntó si tenía dinero.

-Sí, tengo cuarenta denarios cosidos en mi túnica.

-¡Ja, ja -se rió el hombre, y siguió buscando entre otros viajeros algo que robar.

Al rato, otro de los ladrones le preguntó a Abdul si tenía algo de valor, y el muchacho le contestó lo mismo que al primero, pero este hombre tampoco le creyó y, pensando que Abdul se burlaba de él, le aplicó unas bofetadas y lo azotó para que aprendiese a no burlarse de ellos. Cuando vino un tercer ladrón a preguntarle qué tenía, Abdul temía que también lo castigase. Pero este ladrón, que también creyó que Abdul se burlaba de él, decidió llevarlo ante el jefe para ver qué sucedía.

El jefe de los ladrones, al enterarse del episodio, se extrañó y mandó llamar al muchacho para exigirle una explicación:

-¿Qué es esto que oigo de ti, muchacho? ¿No sabes acaso que como jefe de esta banda no puedo tolerar que te burles de nosotros?

-Pero, señor... Ud. tiene que creerme... -contestó muy seriamente Abdul tratando de convencer al bandido con el tono de su voz- Les dije a tres de sus hombres que tengo cuarenta denarios cosidos en el forro de mi túnica. ¡Tiene que creermel

El jefe mandó abrir la túnica de Abdul, y efectivamente allí encontró los cuarenta denarios, pero sorprendido por la extraña actitud del muchachito, le preguntó:

-¿Por qué nos dijiste que tenías ese dinero? Podrías haber dicho que no tenías nada y no te habríamos robado.

-Es que..., señor ..., antes de salir de mi casa, mi madre me hizo prometer que nunca diría una mentira, y cuando sus hombres me preguntaron si tenía dinero les dije la verdad, porque había prometido a mi madre que siempre lo haría.

-Niño... comenzó a decir el jefe de los ladrones, pero por la emoción no pudo continuar con sus palabras. Mientras tanto, todos los ladrones se habían agrupado en derredor del jefe y Abdul y todos estaban admirados de la valentía del niño. Por fin el capitán de los bandidos pudo hablar, y rodeando a Abdul con sus brazos, le dijo:

-Niño, hoy hemos recibido una poderosa lección y, no solamente te perdonamos la vida y tu dinero, sino que queremos cambiar nuestras vidas, dejar de ser bandidos y de estar al margen de la ley, devolver todo lo que hemos robado y, de hoy en adelante, vivir como ciudadanos buenos y honrados.

Abdul casi no creía lo que oía, pero muy pronto se convenció que era realidad, pues uno a uno todos los hombres se llegaban al jefe y le decían:

-Capitán, tú nos has guiado por vidas erradas, sembrando mal, dañando, robando y matando; ahora queremos que nos lleves por una vida de bien. Fuiste nuestro guía para mal, ahora sólo para bien.

Después de este incidente, Abdul se sentía muy feliz, y mucho más cuando los mismos ladrones lo llevaron el resto de su viaje a la escuela en Teherán.

Así termina la historia de Abdul el honrado, un niño que quería servir a Jesús y no le importaba salir de su casa y viajar por desiertos y montañas, durante muchos días, para llegar a un lugar donde aprender más de Jesús. Pero lo mejor del caso fue que ni siquiera ante el peligro de los ladrones dijo una mentira sino que, manteniéndose firme a su promesa, predicó el mensaje a los ladrones de una manera tan ferviente, que los convirtió.

Sí, Abdul fue un pequeño misionero aun antes de ir a la escuela, y de él aprendemos que todos podemos hacer obra misionera siempre y en todos lados, diciendo la verdad, cueste lo que costare.

Con nuestros amigos y compañeros de juego, a nuestros padres y maestros y a todos aquellos con quienes entramos en contacto, debemos reflejar las enseñanzas de Jesús y hacer como hizo Abdul en esa emergencia.

Siempre vale la pena decir la verdad, y Jesús espera que lo hagamos y, mejor aún, nos ayuda a ser buenos, si lo intentamos, como Abdul. Niños, recordemos el caso de este muchachito persa, y cuando queramos decir una mentira, hagamos de cuenta que un ladrón de fiera mirada nos está preguntando:

-¿Cuánto dinero tienes, muchacho? Te lo voy a quitar todo.

¿Qué contestaríamos en un caso tal?

## ¿A CUÁNTOS AMOS PUEDES SERVIR?

Por Larry Engel (Director de los Deptos. de Escuela Sabática y Actividades Laicas de la Unión Brasileña del Norte)

Manuel Paz era un muchachito de cinco años cuando su madre se enfermó de malaria y falleció. Su familia vivía junto a la ribera del río Mamuru en el interior del Estado de Amazonas, Brasil. Su padre procuró durante un año cuidar de su familia, pero era demasiado difícil, de modo que decidió dar a sus hijos. Manuel fue dado a un hombre llamado José Prata, quien se aprovechó de Manuel y lo hacía trabajar desde las tres de la mañana hasta tarde de noche. Manuel anhelaba un poco de amor. Sus modales agradables ayudaban para que no lo maltrataran más.

Cuando Manuel cumplió ocho años, José le dio un cuchillo grande y nuevo para que lo usara en su trabajo. ¡Cuán feliz y orgulloso se sentía Manuel con su cuchillo nuevo! Pero una semana después el cuchillo desapareció del hoyo del tocón del árbol que había cerca de la plantación donde él trabajaba, y en el cual él lo guardaba.

-Alguien se lo llevó -le explicó Manuel tímidamente a José.

-Yo sé que tú lo perdiste. ¡ Confiésalo! Si en una semana no lo encuentras, serás severamente castigado-amenazó José.

Los siete días pasaron demasiado rápidamente. El cuchillo no pudo encontrarse. En la mañana del octavo día se le ordenó a Manuel que entrara dentro de un cesto. Le pusieron la cabeza entre las rodillas, bajaron la tapa del cesto y la afirmaron bien. Luego colgaron el cesto de la rama de un árbol. José y su familia pasaron toda la mañana rastrillando hojas y ramitas secas y apilándolas debajo del árbol. Después del almuerzo José prendió fuego a ese montón de hojas. Manuel lloraba e imploraba desesperadamente que lo soltaran.

¿Por qué había fallecido su madre? ¿Por qué era su vida tan miserable? ¿Por qué su padre lo había dado a José?

Pasó algún tiempo antes de que el fuego alcanzara a Manuel, pero de pronto sopló una brisa, y el fuego lo alcanzó. José salió de su choza con un rifle en la mano, mirando a Manuel por el rabillo del ojo, mientras revisaba su rifle. A Manuel se le había empezado a quemar el pie izquierdo. Sabía que moriría quemado o de un tiro.

En ese momento apareció una mujer desconocida que vivía río arriba. Había oído los gritos y quería saber qué pasada. Inmediatamente apagó el fuego, bajó el canasto, y puso en libertad a Manuel. Mirando fijamente a José le habló con toda severidad:

-Ud. no debe maltratar a este muchacho.

Luego se fue.

No se dijo nada más acerca del cuchillo perdido. Varios días más tarde un sobrino de José lo devolvió, explicando que lo había necesitado. Nadie pidió disculpa.

Después de trabajar dos años más en esas condiciones, apareció el padre de Manuel pidiendo que le devolvieran al muchacho, porque se había vuelto a casar. Manuel se sintió feliz de regresar a su hogar, pero éste no era como antes, porque su padre a menudo se embriagaba, y su madre no lo quería. Manuel tenía que trabajar mucho, pero los jóvenes del Amazonas no se quejan. El único que era amable con él era un joven que estaba cortejando a su hermana María. Este joven era un vagabundo que bebía y fumaba. Pero su vida comenzó a cambiar. Dejó de beber y de fumar, y comenzó a llevar a María a algunas reuniones que se celebraban los sábados en una iglesia protestante que estaba una media hora de viaje en canoa. La curiosidad de Manuel se despertó. Tenía que ver por sí mismo qué era aquello, de manera que fue, y siguió yendo hasta que su padre lo descubrió y lo castigó severamente para que entendiera que no debía volver nunca más a esa iglesia. ¡Pero Manuel tenía que ir! Las palabras "mañana puede ser tarde tal vez" del himno que escuchó allí seguían sonando en sus oídos. Se dio cuenta de que las imágenes que había adorado hasta ese momento no habían cambiado su vida en lo más mínimo, mientras que la vida del pretendiente de María había sido transformada.

Manuel trabajó más que nunca antes para que en los fines de semana pudiera tomarse dos días libres "para ir a pescar", de modo que su padre no sospechara que iba a la iglesia. Pero un día el novio de su hermana le dijo:

-Tú le estás mintiendo a tu padre. ¿Por qué no vuelves a hablarle? Quizás te permita ir a la iglesia. No puedes servir a dos señores.

Manuel habló con su padre, y fue severamente castigado.

Por entonces el padre de Manuel informó a su familia que se mudarían a otro lugar.

-Yo no iré -dijo Manuel.

-Entonces te castigaré otra vez -lo amenazó su padre.

Como no puedo servir a dos señores, pensó Manuel, sé a quién serviré.

La mañana en que llegó la lancha a motor para llevar todas las posesiones de la familia al lugar donde irían a vivir, Manuel juntó las pocas cosas que tenía en una bolsa de plástico, y las escondió en la selva. A la tarde, cuando todo estuvo cargado y todos estaban en el bote, Manuel dijo:

-Iré a ver si nos olvidamos de algo. Saltó del bote, corrió a la casa, saltó rápidamente por la ventana de atrás, y corrió hacia el bosque, internándose en él. Su padre lo buscó durante dos horas, pero finalmente tuvieron que irse sin él.

¡Libre por fin! ¡Libre para servir a su Maestro! Manuel permaneció durante dos días y dos noches en la selva antes de animarse a regresar para recoger sus pertenencias.

Fue bautizado Y pronto se enteró de la existencia del Instituto Adventista Agro-industrial que acababa de fundarse en el Amazonas. Podría escribirse un libro de todo lo que pasó desde su conversión. Si pudieran verlo ahora, cuatro años después de su bautismo, vestido con una camisa blanca, una corbata y pantalones oscuros, presentando el relato misionero en la escuela sabática, se llenarían de gozo como el gozo que siente su maestro.

# ADONIRAM JUDSON

Misionero, explorador espiritual de Birmania 1788-1850

El misionero, débil y enflaquecido por los sufrimientos y privaciones, fue conducido en compañía de los más empedernidos criminales, como ganado, a chicotazos y sobre la arena ardiente a la prisión. Su esposa logró entregarle una almohada para que pudiese dormir mejor sobre el duro suelo de la prisión. Sin embargo, él descansaba todavía mejor porque sabía que dentro de la almohada que tenía debajo de la cabeza, estaba escondida la preciosa porción de la Biblia que había traducido con grandes esfuerzos a la lengua del pueblo que lo perseguía.

(Sucedió que el carcelero le quitó la almohada para su propio uso! ¿Qué podía hacer el pobre misionero para recuperar su tesoro? Entonces su esposa preparó con grandes sacrificios una almohada mejor y consiguió cambiarla con la que tenía el carcelero. En esa forma la traducción de la Biblia fue conservada en la prisión durante casi dos años; la Biblia entera, después que él la completó, fue dada por primera vez a los millones de habitantes de Birmania.

En toda la historia, desde los tiempos de los apóstoles, son pocos los nombres que nos inspiran tanto a esforzarnos por la obra misionera, como los nombres de los esposos, Ana y Adoniram Judson. En cierta iglesia de Malden, suburbio de Boston, se encuentra una placa de mármol con la siguiente inscripción: En memoria del Reverendo Adoniram Judson.

Nació el 9 de agosto de 1788.

Murió el 12 de abril de 1850.

Lugar de nacimiento: Malden.

Lugar de su sepultura: El mar.

Su obra: Los salvos de Birmania y la Biblia birmana.

Su historial: En las alturas.

Adoniram fue un niño precoz: su madre le enseñó a leer un capítulo entero de la Biblia, antes de que él cumpliera cuatro años de edad.

Su padre le inculcó el deseo ardiente de tratar de alcanzar siempre la perfección en todo cuanto hacía, superando a cualquiera de sus compañeros. Esa fue la norma de toda su vida.

Los años que pasó estudiando fue la época en que el ateísmo, que se había originado en Francia, se infiltró en el país. El gozo que experimentaron sus padres cuando el hijo ganó el primer lugar de su clase, se transformó en tristeza cuando Adoniram les confesó que ya no creía más en la existencia de Dios. El recién graduado sabía enfrentar los argumentos de su padre, que era un pastor instruido y quien nunca había sufrido tales dudas. Sin embargo, las lágrimas y amonestaciones de su madre lo acompañaron siempre, después que abandonó el hogar paterno.

No mucho después de "ganar el mundo", se encontró, en casa de un tío suyo, con un joven predicador, quien conversó con él tan seriamente acerca de su alma, que Judson quedó muy impresionado. Viajó el día siguiente solo, montando a caballo. Al anochecer llegó a una villa donde pasó la noche en una pensión. En el cuarto contiguo al que él ocupaba, yacía un joven moribundo, y Judson no pudo conciliar el sueño durante toda la noche. ¿Sería el moribundo un creyente? ¿Estaría preparado para morir? Tal vez fuese un "libre pensador", ¡hijo de padres piadosos que oraban por él! Otra cosa que le perturbaba era el recuerdo de sus compañeros, los alumnos agnósticos del colegio de Providence. Cómo se avergonzaría si los antiguos colegas, especialmente el sagaz compadre, Ernesto, supiesen lo que él sentía ahora en su corazón. Cuando amaneció, le informaron que el joven había muerto. Respondiendo a su pregunta, le dijeron que el fallecido era uno de los mejores alumnos del colegio de Providence, ¡y su nombre era Ernesto! La noticia de la muerte de su compañero ateo dejó a Judson estupefacto. Sin darse cuenta de cómo, se encontró viajando de regreso a su casa. Desde entonces, todas sus dudas acerca de Dios y de la Biblia se desvanecieron. Constantemente resonaban en sus oídos las palabras: "¡Muerto! ¡Perdido! ¡Perdido!" Poco tiempo después de ese acontecimiento, se dedicó solemnemente a Dios y comenzó a predicar. Que su consagración fue profunda y completa, quedó probado por la manera en que se aplicó a la obra de Dios. En ese tiempo Judson escribió a su novia: "En todo lo que hago, me pregunto a mí mismo: ¿Agradará esto al Señor?... Hoy alcancé un mayor grado de gozo de Dios, pues he sentido una gran alegría ante su trono."

Es así como Judson nos cuenta, en las siguientes palabras, el llamado que recibió para el servicio de misionero: "Fue cuando andaba en un lugar solitario en la floresta, meditando y orando sobre el asunto y casi resuelto a abandonar la idea, que me fue dada la orden: 'Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura'. Este asunto me fue presentado tan claramente y con tanta fuerza, que resolví obedecer, a pesar de los obstáculos que se me presentaron."

Judson, y cuatro de sus colegas se reunieron bajo un montón de heno para orar, y allí solemnemente dedicaron su vida a Dios para llevar el evangelio "hasta lo último de la tierra". No había ninguna junta de misiones que los enviara. Sin embargo, Dios bendijo la dedicación de los jóvenes, tocando el corazón de los creyentes para que proveyeran el dinero para tal empresa.

A Judson se le ofreció en ese mismo tiempo un puesto en el cuerpo docente de la universidad de Brown, invitación que él recusó. Después fue llamado a pastorear una de las mayores iglesias de América del Norte. También rechazó esa invitación. Fue grande el descontento del padre y el llanto de la madre y la hermana, al saber que Judson se había ofrecido para la obra de Dios en el extranjero, donde nunca antes había sido proclamado el evangelio.

La esposa de Judson demostró aún más heroísmo, porque era la primera mujer que salía de los Estados Unidos como misionera. A la edad de dieciséis años tuvo su primera experiencia religiosa. Era tan vanidosa, que las personas que la conocían, temían que el castigo repentino de Dios cayese sobre ella. Pero cierto domingo, mientras se preparaba para el culto, quedó profundamente impresionada por estas palabras:

"Pero la que se entrega a los placeres, viviendo está muerta." Acerca de la transformación de su vida ella escribió más tarde lo siguiente: "Día tras día yo gozaba una dulce comunión con Dios bendito; en mi corazón sentía el amor que me unía a los creyentes de todas las denominaciones; encontré las Sagradas Escrituras dulce a mi paladar y sentí una sed tan grande de conocer las cosas religiosas, que frecuentemente me pasaba casi noches enteras leyendo." Todo el ardor que había demostrado en la vida mundana, ahora lo sentía en la obra de Cristo. Por algunos años, antes de aceptar el llamado para ser misionera, trabajaba como profesora y se esforzaba por ganar a sus alumnos para Cristo. Adoniram, después de despedirse de sus padres para emprender su viaje a la India, fue acompañado hasta Boston por su hermano Elnatán, un joven que no había sido salvo todavía. En el camino los dos se apearon de sus caballos, entraron al bosque y allí, de rodillas, Adoniram rogó a Dios que salvase a su hermano. Cuatro días después los dos se separaron para no volverse a encontrar nunca más en este mundo.

Sin embargo, algunos años después, Adoniram tuvo noticias de que su hermano también había recibido la herencia del reino de Dios.

Judson y su esposa se embarcaron con rumbo a la India en 1812, debiendo pasar casi cuatro meses a bordo del navío. Ese tiempo lo aprovecharon para estudiar y los dos llegaron a comprender entonces que el bautismo bíblico es por inmersión y no aspersion, como su denominación lo practicaba. Sin tomar en cuenta la oposición de sus conocidos, que eran muchos, y sin importarles su propio sustento, no vacilaron en informar sobre este hecho a aquellos que los habían enviado. Fueron bautizados en el puerto de desembarque, en Calcuta.

Poco después fueron expulsados de esa ciudad por causa de la situación política y fueron huyendo de país en país. Por fin, diecisiete largos meses después de haber partido de América, llegaron a Rangún, Birmania. Judson estaba casi exhausto por causa de los horrores que sufrió a bordo. Su esposa estaba tan cerca de la muerte que ya no podía caminar, por lo que tuvo que ser llevada a tierra en una camilla. El imperio de la Birmania de aquella época era más bárbaro y de lengua y costumbres más extrañas que cualquier otro país que los Judson habían visitado. Al desembarcar, en respuesta a sus oraciones hechas durante las largas vigilias de la noche, los dos fueron sustentados por una fe invencible y por el amor divino que los llevaba a sacrificar todo para que la gloriosa luz del evangelio iluminase también las almas de los habitantes de ese país.

Ahora, un siglo después, podemos ver cómo el Maestro dirigía a sus siervos, cerrando las puertas durante el prolongado viaje para que no fuesen a los lugares que ellos esperaban y deseaban ir. Hoy se puede ver claramente que Rangún, el puerto principal de Birmania, era justamente el punto más estratégico para iniciar la ofensiva de la Iglesia de Cristo contra el paganismo en el continente asiático. Para estudiar el difícil idioma de Birmania fue necesario que ellos preparasen su propio diccionario y gramática.

Transcurrieron cinco años y medio antes que ellos llevaran a cabo el primer culto para el pueblo nativo. Ese

mismo año bautizaron al primer convertido, a pesar de tener conocimiento de la orden del rey de que nadie podía cambiar de creencia, so pena de ser condenado a muerte.

Al salir de su tierra para ser misionero, Judson llevaba consigo una considerable suma de dinero, una parte de la cual él la había ganado en su empleo y otra parte correspondía a contribuciones ofrecidas por sus parientes y amigos. No solamente puso todo eso a los pies de aquellos que dirigían la obra misionera, sino también cinco mil doscientas rupias que el Gobernador General de la India le pagó por sus servicios prestados en ocasión del armisticio de Yandabo.

Rehusó el empleo de intérprete del gobierno, que representaba un salario elevado, prefiriendo ir a sufrir las mayores privaciones y oprobios, para ganar las almas de los pobres birmanos para Cristo.

Durante once meses, estuvo en cadenas preso en Ava, que en aquel tiempo era la capital de Birmania.

Un día, sin embargo, ella no apareció; su ausencia se prolongó durante veinte largos días. Al reaparecer, traía en los brazos una criaturita recién nacida.

Judson, cuando salió libre, se apresuró todo lo que pudo para llegar a casa, pero tenía las piernas estropeadas por el largo tiempo que había pasado en la cárcel. Hacía muchos días que no recibía noticias de su querida Ana! ¿Vivía ella todavía? Por fin la encontró, aún con vida, pero con fiebre y próxima a morir. En esa ocasión ella se recuperó, pero antes de completar 14 años en Birmania, falleció. Conmueve el alma leer la dedicación que Ana de Judson tuvo a su marido, así como la parte que desempeñó en la obra de Dios y en su hogar hasta el día de su muerte.

Algunos meses después de la muerte de la esposa de Judson, su hija también murió. Durante los seis largos años siguientes trabajó solo. Luego se casó con la viuda de otro misionero. La nueva esposa que gozaba los frutos de los incansables esfuerzos que habían realizado en Birmania, se mostró tan solícita y cariñosa como Ana.

Judson perseveró durante veinte años para completar la mayor contribución que se podía hacer a Birmania: la traducción de la Biblia entera a la propia lengua del pueblo.

Después de trabajar con tesón en el campo extranjero durante treinta y dos años, para salvar la vida de su esposa, embarcó con ella y tres de los hijos, de regreso a América, su tierra natal. No obstante, en vez de mejorar de la enfermedad que sufría, como se esperaba, ella murió durante el viaje, y fue enterrada en Santa Helena, donde el navío aportó. ¿Quién podría describir lo que Judson sintió al desembarcar en los Estados Unidos, cuarenta y cinco días después de la muerte de su querida esposa?

Judson que durante tantos años había estado ausente de su tierra, se sentía ahora desconcertado por el recibimiento que le daban en las ciudades de su país. Se sorprendió, después de desembarcar, al verificar que todas las casas se abrían para recibirlo. Su nombre era conocido por todos. Grandes multitudes afluían para oírlo predicar. Sin embargo, después de haber pasado treinta y dos años en Birmania, ausente de su país, naturalmente, se sintió extranjero en su tierra natal y no quería levantarse delante del público para hablar en la lengua materna. Además, sufría de los pulmones y era necesario que otro repitiese al auditorio lo que él apenas podía decir balbuceando. Se cuenta que cierto día en un tren, entró un vendedor de periódicos. Judson aceptó uno y distraído comenzó a leerlo; el pasajero que estaba a su lado le llamó la atención diciéndole que el muchacho aún estaba esperando que le pagase los 5 centavos que costaba el periódico. Mirando al vendedor, le pidió disculpas diciéndole que había creído que el periódico lo ofrecían gratis, pues él se había acostumbrado a distribuir mucha literatura en Birmania, durante muchos años, sin cobrar un centavo.

Apenas había pasado ocho meses entre sus compatriotas cuando se casó de nuevo, y embarcó por segunda vez para Birmania. continuó su obra en aquel país, incansablemente, hasta alcanzar la edad de sesenta y un años. Judson recibió el llamado para estar con su Maestro mientras viajaba lejos de la familia. Conforme a su deseo, fue sepultado en alta mar. Adoniram Judson acostumbraba pasar mucho tiempo orando de madrugada y de noche. Se dice que él gozaba de la más íntima comunión con Dios cuando caminaba apresuradamente. Sus hijos, al oír sus pasos firmes y resueltos dentro del cuarto, sabían que su padre estaba elevando sus plegarias al trono de la gracia. Su consejo era: "Planifica tus asuntos, si te es posible, de manera que puedas pasar de dos a tres horas, todos los días, no solamente adorando a Dios, sino orando en secreto."

Su esposa cuenta que, durante su última enfermedad, antes de fallecer, ella le leyó la noticia de cierto periódico, referente a la conversión de algunos judíos en la Palestina, justamente donde Judson había

querido ir a trabajar antes de ir a Birmania. Esos judíos, después de leer la historia de los sufrimientos de Judson en la prisión de Ava, se sintieron inspirados a pedir también un misionero, y así fue como se inició una gran obra entre ellos. Al oír eso, los ojos de Judson se llenaron de lágrimas. Con el semblante solemne y la gloria de los cielos estampada en el rostro, tomó la mano de su esposa y le dijo: "Querida, esto me espanta. No lo comprendo.

Me refiero a la noticia que leíste. Nunca oré sinceramente por algo y que no lo recibiese, pues aunque tarde, siempre lo recibí, de alguna manera, tal vez en la forma menos esperada, pero siempre llegó a mí. Sin embargo, respecto a este asunto ¡yo tenía tan poca fe! Que Dios me perdone y si en su gracia me quiere usar como su instrumento, que limpie toda la incredulidad de mi corazón."

En esta historia se nota otro hecho glorioso: Dios no solamente concede frutos por los esfuerzos de sus siervos, sino también por sus sufrimientos. Por muchos años, hasta poco antes de su muerte, Judson consideró los largos meses de horrores de la prisión en Ava enteramente perdidos para la obra misionera. Al comienzo de su trabajo en Birmania, Judson concibió la idea de evangelizar por último a todo el país. Su mayor esperanza era ver durante su vida, una iglesia de cien birmanos salvos y la Biblia impresa en la lengua de ese país. Sin embargo, en el año de su muerte había sesenta y tres iglesias y más de siete mil bautizados, los cuales eran dirigidos por un número total de 163 misioneros, pastores y auxiliares. Las horas que pasó diariamente suplicando a Dios, que da más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, no fueron perdidas.

Durante los últimos días de su vida se refirió muchas veces al amor de Cristo. Con los ojos iluminados y las lágrimas corriéndole por el rostro, exclamaba: "¡Oh, el amor de Cristo! ¡El maravilloso amor de Cristo, la bendita obra del amor de Cristo!" En cierta ocasión él dijo: "Tuve tales visiones del amor condescendiente de Cristo y de las glorias de los cielos, como pocas veces, creo, son concedidas a los hombres. ¡Oh, el amor de Cristo! Es el misterio de la inspiración de la vida y la fuente de la felicidad en los cielos. ¡Oh, el amor de Jesús! ¡No lo podemos comprender ahora, pero qué magnífica experiencia será para toda la eternidad!"

Hemos añadido aquí el último párrafo de la biografía de Adoniram Judson escrita por uno de sus hijos. ¿Quién puede leerlo sin sentir que el Espíritu Santo lo anima a tomar parte activa en llevar el evangelio a uno de los muchos lugares que aún no lo tienen?

Se dice que el corazón del héroe escocés Bruce fue embalsamado después de su muerte y guardado en un cofrecito de plata. Cuando sus descendientes estaban luchando en una batalla que parecía perdida, el general lanzó ese corazón entre el ejército enemigo. Al ver esto, las tropas escocesas lucharon reñida e invenciblemente a fin de recobrar la reliquia. Ciertamente el cristianismo nunca se retirará de las tumbas de sus muertos en los países paganos. Hasta aquel día en que toda rodilla se doblará ante el Señor Jesús, los corazones creyentes serán inducidos a realizar los mayores esfuerzos por el recuerdo de Ana Judson, enterrada debajo del hopiaá (un árbol) en Birmania; de Sara Judson, cuyo cuerpo descansa en la isla pedregosa de Santa Helena, y de Adoniram Judson, sepultado en las aguas del océano Indico.



## **ADOPTADO POR UN OSO**

Leopoldo, Duque de Lorena, tenía un oso muy inteligente, llamado Marco. Durante el invierno de 1709, un niño de Saboya (Francia) que estaba casi muriendo de frío en un granero donde había sido dejado por la mujer de un hacendado, resolvió entrar en la casa de Marco, sin pensar en el peligro que corría, exponiéndose a la merced del animal. Marco, sin embargo, en vez de herir al niño, lo tomó entre sus patas y lo cobijó junto a su pecho, calentándolo hasta la mañana siguiente. Sólo entonces lo dejó salir para deambular por la ciudad. Por la noche, el niño regresó a la casa del oso y fue recibido con el mismo cariño. Como no tenía otro lugar donde abrigarse, fue "hospedado" durante varios días por la fiera, que guardaba parte del alimento para el niño.

De ese modo pasaron muchos días, sin que los criados se dieran cuenta de lo que estaba sucediendo. Finalmente, un día, cuando uno de ellos llevó la cena del oso más tarde que lo de costumbre, percibió la mirada furiosa del animal, que parecía decirle que no hiciera ruido, para no despertar al niño que estaba cobijado junto a su pecho. El oso, aunque voraz, parecía no dar importancia a la comida que se le colocó delante.

La extraordinaria noticia pronto llegó a los oídos de Leopoldo.

Él y algunos de sus cortesanos quisieron verificar por sí mismos la generosidad de Marco. Pasaron una noche cerca de la casa del oso, y se admiraron muchísimo al ver que el animal ni se movía mientras su protegido estaba durmiendo. Al amanecer, el niño despertó, muy asustado por haber sido descubierto. Con miedo a ser castigado, pidió misericordia a los hombres que allí se encontraban. El oso lo acarició y se esforzó para que comiera el alimento que le habían llevado la noche anterior. A pedido de los espectadores, el niño comió.

Habiendo oído toda la historia de ese afecto singular, Leopoldo ordenó que aquel niño recibiera el cuidado debido.

## **AFERRADO AL ORO**

Un terremoto sacudió la ciudad, provocando que la mayor parte de su población huyera. Solamente unos pocos miles de habitantes se quedaron atrás. Luego, el 24 de agosto del año 79 d.C., hizo erupción el monte Vesubio, un poderoso volcán, que arrojó cenizas calientes varios kilómetros a su alrededor. Esta enterró la ciudad de Pompeya bajo seis metros de desechos volcánicos.

Desapareció totalmente lo que había sido una pujante ciudad.

La gente se olvidó de Pompeya hasta unos 1.500 años más tarde. Un ingeniero descubrió la ciudad enterrada y comenzó a excavarla. Otros se unieron al proyecto; y hoy podemos viajar a Pompeya y estudiar cómo era la ciudad unos 2.000 años atrás. Podemos saber cómo eran las casas. Se encuentran hogazas de pan que estaban cocinándose en un horno cuando el panadero huyó, dejándolas que se quemaran. Y es posible ver los “moldes” de personas que desafortunadamente fueron atrapadas y cubiertas por la mortal ceniza.

Durante las excavaciones, los excavadores encontraron un hombre tirado sobre las calles empedradas de Pompeya. En su mano, tenía asido un puñado de monedas de oro. Nadie sabe quién era esta persona o por qué tenía el dinero, pero ha estado allí desde ese día, en el año 79 d.C., aferrado fielmente a su oro.

¿De qué le sirvió el oro, cuando su vida estaba por acabarse? Si el hombre hubiera sabido lo que estaba por suceder, ¿crees que habría dejado las monedas y huido? Todo el dinero del mundo no podía salvar su vida, así como todo el dinero del mundo no puede salvar tu vida o la mía.

La Biblia dice: “El precio de su rescate no se pagó con cosas perecederas, como el oro o la plata, sino con la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin defecto”. Solamente la muerte de Jesús en la cruz puede salvarnos. Así que, no pongas tu confianza en el dinero; ponla en Dios.

Por Helen Lee Robinson

# ¡AGUA EN EL POZO!

Por **Reid S. Shepard**

"NUNCA echas de menos el agua hasta que el pozo se seca", dice un antiguo proverbio. Pero en las altiplanicies del Perú, en la Misión de Platería, donde yo era misionero hace unos cincuenta años, se echaban de menos tanto el pozo como el agua.

Parece que a los pobladores del altiplano no les importaba acarrear agua, porque no usaban tanta como solemos usar nosotros dentro de la casa. Para lavar la ropa generalmente iban al río.

Nuestra casa en esa misión estaba construida sobre una colina que distaba bastante del manantial, que era la única fuente de agua. Era una tarea cansadora acarrear agua hasta la colina, y usábamos bastante en el lavado y el aseo personal.

Yo había ayudado a cavar tres pozos en Michigan, donde me crié. En esa época teníamos que hacer los pozos nos otros mismos, si bien el suelo era arenoso y el agua generalmente estaba cerca de la superficie. De manera que cuando vi la forma primitiva en que se proveía agua para la misión, pensé, naturalmente, en cavar un pozo para remediar esta situación. Consulté el plan con otros misioneros, y solamente uno, el Hno. Nelson, había tenido alguna experiencia en el asunto.

Después de estudiar cuidadosamente el suelo, nos decidimos por un lugar. Estábamos bastante seguros de que encontraríamos agua, pero nuestra fe iba a ser severamente probada.

Con la ayuda de varios lugareños, comenzamos a cavar el pozo, sacando la tierra a paladas. Debido a la altura (casi 4.000 metros sobre el nivel del mar) nosotros, los misioneros extranjeros, no podíamos hacer un trabajo tan duro como cavar. Nuestra capacidad pulmonar era insuficiente, y el corazón nos latía tan fuerte que no podíamos hacer un trabajo tan pesado durante más que unos pocos minutos a la vez. Ni siquiera podíamos caminar rápidamente. De modo que teníamos que depender de los peones que habían nacido en esa región y estaban acostumbrados a la altura.

Después que los hombres contratados cavaron un pozo grande, preguntaron para qué era. Cuando les dije que estábamos cavando para sacar agua, miraron sorprendidos.

"El agua está allá abajo -dijeron, señalando el manantial-. No hay agua en esta colina". Era casi imposible conseguir que hicieran algo que consideraban desca bellado o imposible, y la mayor parte de las cosas nuevas les parecían desca belladas, o imposibles, o ambas a la vez. Únicamente debido a que les pagaba el mejor salario, y dinero en efectivo, accedieron a seguir trabajando el segundo día.

El tercer día de mañana se juntaron alrededor del hoyo y comenzaron a discutir entre sí si debían trabajar más o no. Los observé desde la casa, en suspenso. Finalmente salí y les ofrecí un bono si continuaban trabajando, y ellos accedieron de mala gana. Para entonces el hoyo era bastante hondo, y la tierra había que sacarla en latas de veinte litros, lo que era un trabajo muy arduo. Aunque a medio día les di un buen almuerzo, del cual disfrutaron mucho, cuando terminó el día dijeron que no querían volver.

Cuando les pregunté por qué, respondieron:

Todos se ríen de nosotros cuando les decimos que estamos cavando para sacar agua. Si hay algo que un indio no puede soportar es que se lo llame tonto, o que se ríen de él. Entonces les expliqué que sus amigos no se reían de ellos, sino de mí.



-¿Por qué se reírían de Uds.?.; ¿Acaso no están ganando buen dinero? No hay nada de que puedan reírse, ¿no es así?

Eso les dio algo en qué pensar. Luego añadí:

-Quizás se sientan celosos porque Uds. están ganando dinero y ellos no. Vuelvan mañana, como un favor especial que me hacen a mí, y les daré dinero extra.

Cualquier dinero adicional que les pagaba se lo daba en forma de regalo, porque en esa época la ley del Perú prohibía que nadie pagara a un indio más de sesenta centavos por día.

-Díganles a sus amigos que yo soy el tonto y que Uds. estuvieron dis puestos a trabajar otro día únicamente porque yo lo pedí como un favor -añadí. (Si uno es amigo de un indio, él hará más de lo que le corresponda para hacerle un favor). De manera que estuvieron de acuerdo en trabajar otro día, pero únicamente con la condición de que no les pidiera que trabajaran un día más.

Habíamos llegado pues, al fin de la línea, y al día siguiente me sentí muy ansioso. Durante la mañana visité varias veces el trabajo, y oré fervientemente. Cuando les di de comer al me dio día, y conversé con ellos, noté que se estaban humedeciendo las paredes del hoyo. Ahora estaba seguro de que había agua. -¡Si tan sólo pudiéramos continuar! Pero, estaba seguro tam bién de que, si ese día no encontrába mos agua, sería imposible conseguir que alguien nos siguiera ayudando.

Durante la tarde visité el trabajo cada media hora. Había indicios muy animadores, pero parecía que ese día no alcanzaríamos el éxito, y ahora, debido a la profundidad -casi tres metros y medio- la excavación iba lenta. Cada palada había que levantarla en esas latas. Los peones estaban acostumbrados a trabajar, pero no de esa manera; era un trabajo muy desanimador.

Mi esposa y yo nos retiramos para tener otro momento de oración en el dormitorio, y a eso de las tres volví para visitarlos de nuevo. Esta vez parecían estar muy alegres, y con ganas de hacer bromas, y yo interpreté que se estaban burlando de mí. Me imaginé que ahora no les cabía la menor duda de que yo era el tonto. Les aseguro que ése no era un sentimiento muy placentero!

Parecía que cada vez trabajaban más despacio. A la hora de dejar el trabajo, me acerqué y, con una sonrisa forzada, comencé a pagarles su jornal. Me había resignado a un fracaso amargo, después de haber llegado, al parecer, tan cerca del éxito. Mientras lo hacía les agradecí por haber traba jado para mí, aun cuando sus amigos se burlaban de ellos. Entonces noté que se intercambiaban sonrisas casi jubilosas.

En ese momento, uno de los obreros que estaba en el fondo del hoyo movió una piedra grande, y he aquí que de bajo de esa piedra había una corriente de agua de a lo menos quince centí metros de diámetro. ¡Qué espectáculo! Y esos astutos indios la habían ocultado desde la media tarde para que yo no la viera!

Naturalmente, no tuve dificultad para conseguir que volvieran al día siguiente. Ensanchamos y limpiamos el fondo del hoyo y revesti mos las paredes con piedra. Construí una plataforma de madera para tapar la boca del pozo. Más tarde fui a Arequipa y encontré una bomba de mano, la cual, unida a un caño galvanizado, sacaba agua.

Nuestro pozo fue un éxito excepcional. Los sábados, durante los cultos, teníamos que atar la bomba con una cadena y llavearla porque los pobladores del lugar subían a la colina para sacar agua del pozo nuevo en lugar de sacarla de la vertiente. Y todos los misioneros se sentían felices por que la quinta y el trabajo de la casa resultaron mucho más fáciles ahora que había agua a mano.

Este incidente ocurrió hace más de cincuenta años, y lo último que oí es que el pozo todavía funciona en la Misión de Platería. Alabado sea Dios de quien fluyen todas las bendiciones!

¡Agua en el pozo!

# ¡AHORA!

Por **MOEITA BURCH**

—LUCIA, levanta ese lápiz de color que se te cayó, antes de que alguien lo pise —le advirtió su madre.

—Ahora —respondió Lucía—. Todavía no terminé de pintar el caballo. Se me cayó un lápiz de color verde. No lo necesito. Un caballo no es verde.

Lucía colocó el lápiz de color rojo en la caja. Ahora necesitaba uno negro para pintar la crin del caballo. Lo encontró y la pintó. Luego pintó también la cola negra.

—Mira, mamá, mi caballo está todo pintado. ¿Cierto que está lindo? —Y diciendo así levantó la figura pero la mamá había salido de la cocina.

El lápiz de color verde todavía estaba tirado en el suelo. Lucía se había olvidado de él. Guardó los papeles y los lápices de color en el estante. Luego se fue a buscar a Anabela.

Anabela era la muñeca favorita de Lucía. Tenía un cabello dorado largo y ojos azules que se abrían y cerraban. Cuando Lucía la ponía boca abajo decía: “Mamá”. Lucía tenía también para Anabela un lindo cochecito.

Lucía jugó con la muñeca hasta que se le ocurrió hacer otra cosa. Entonces la colocó en el cochecito, la cubrió con una colchita y Anabela quedó con los ojos cerrados.

Era la hora en que el papá volvía a la casa del trabajo. Lucía miró por la ventana. Lo vio venir y corrió a recibirlo. Le dijo que había pintado un caballo.

—Lo hice para ti, papito —le dijo—. Ven que te lo voy a mostrar.

El papá entró con Lucía en la sala. ¡Crac!

—¡Sobre qué pisé? —preguntó el papá.

—Yo no sé —dijo Lucía.

—Yo sé —intervino la mamá—. Fue sobre tu lápiz de color verde. No lo levantaste cuando te dije. Dijiste: “Ahora”.

—Me olvidé —dijo Lucía—. Ahora ya no tengo más lápiz de color verde. No puedo pintar hojas ni pasto.

—Lo siento —dijo el papá—, pero me parece que una chica de cinco años es bastante grande para cuidar de sus cosas.

—Yo soy bastante grande. Sólo que me olvidé —dijo Lucía.

—Si hicieras las cosas inmediatamente en lugar de decir ahora, te sentirías mucho más feliz —le recordó la mamá.

—Oh, bueno, yo no uso demasiado el lápiz de color verde. Tengo muchos otros colores —se consoló Lucía.

—Ese no es el caso —dijo la mamá—. Algún día te vas a arrepentir de dejar las cosas para hacerlas después. Ese es un mal hábito.

—Debes aprender a hacer las cosas inmediatamente, Lucía —le recalcó el papá.

Lucía buscó el dibujo del caballo y cuando su papá lo vio le gustó.

—¿No quieres colgarlo en la pared de la pieza donde trabajas? —le preguntó ella.

¡Claro que sí! —le contestó el padre—. Dame el martillo y cuatro tachuelas, por favor.

Lucía encontró la caja de tachuelas pero no pudo encontrar el martillo.

—¿Dónde está el martillo, mamá? —preguntó ella.

—Yo no sé —le respondió la mamá—. Estuviste rompiendo nueces con él hace unos días. Te pedí que lo guardaras. Recuerdo que dijiste: “Ahora”. ¿Qué hiciste con él?

—¡Oh, yo sé! —dijo Lucía—. Lo puse en la ventana. Me olvidé de guardarlo.

Lucía corrió hacia la ventana. Allí estaba. Para alcanzarlo tuvo que estirarse sobre el cochecito de Anabela. Por alguna razón el martillo se le escurrió de las manos y fue a caer justamente sobre la cabeza de Anabela. ¡Crac! La cabeza de la muñeca se rompió en dos.

Lucía comenzó a llorar.

—Ya no tengo más lápiz de color verde. Y ahora Anabela se rompió. Pronto no voy a tener nada más con qué jugar.

—Claro que sí —le dijo el papá—, a menos que aprendas a guardar las cosas inmediatamente.



¡Ahora!

Lucía le echó otra mirada a Anabela.

—Mamá —dijo—, ¿podrías arreglarle la cabeza con algún pegalotodo?

—Podría probar —dijo la mamá—. “Ahora”.

¡No, mamá! —lloró lucía—. Ahora mismo, por favor. Nunca volveré a decir ahora.  
Y lo hizo.

## ALDEA DE BANDIDOS

Ladrones, eso es lo que eran, cada uno de los habitantes de la aldea. Los oficiales del gobierno se habían cansado de intentar mantener las cosas bajo control. La gente siempre estaba metida en problemas y, como eran tantos, era difícil hacer algo. Finalmente, los oficiales decidieron que lo único que podían hacer era destruir la aldea. De esa manera, sus habitantes se desparramarían.

Pero, antes de tener la oportunidad de ejecutar su plan, un grupo de cristianos preguntó si podían ir a trabajar allí.

-No van a conseguir nada de bueno -les dijeron algunos-. Allí, todos son una banda de bandidos.

Pero, los cristianos no se desanimaron. Comenzaron a compartir el amor de Jesús y a hablar a la gente acerca de Dios. El líder de la aldea decidió aceptar a Jesús como su Salvador. Uno por uno, todo el resto siguió su ejemplo y, eventualmente, toda la aldea se hizo cristiana.

Todos vivieron una experiencia que les cambió la vida. Dejaron de robar y de hacer otras cosas malas.

-No va a durar mucho -sostenían los oficiales de gobierno-. Esperen un tiempo; van a volver a hacerlo.

Pero, para su sorpresa, no recibieron más quejas acerca de los aldeanos.

Entonces, un día, uno de los ex ladrones se mudó a otra aldea.

-Vigílenlo con cuidado -avisaron los oficiales, enviando un espía para que lo siguiera.

El espía vio que el hombre llevaba un paquete y pensó que estaba por hacer algo malo. Pero, cuando siguió al hombre hasta su casa, vio que había pedido prestada una Biblia a un vecino cristiano.

Y el hombre estaba leyendo en voz alta del libro de Isaías: "Vengan, pongamos las cosas en claro -dice el Señor-. ¿Son sus pecados como escarlata? ¡Quedarán blancos como la nieve! ¿Son rojos como la púrpura? ¡Quedarán como la lana!"

Por Helen Lee Robinson



# ALEMU HACE UNA BUENA DECISIÓN

MUCHAS gracias, señor, pero no puedo beber alcohol -respondió Alemu Baisa al ofrecimiento de su amo.

Este era un alto funcionario del gobierno etíope y ejercía mucha influencia, de manera que el joven sirviente experimentó cierto temor cuando el caballero repitió su ofrecimiento en otra ocasión y extendiéndole una copa de licor, le dijo:

- Mira, Alemu, yo tomo y no me hace daño. Pruébalo siquiera.

El joven volvió a inclinarse cortésmente, al tiempo que hacía un ademán de rechazo y rogaba:

- Por favor, señor, no me pida que beba alcohol. En la misión me han enseñado que es cosa mala y que no agrada al Señor Jesús. Por favor, no me pida que tome.

El funcionario se recostó en su silla y mirando al muchacho procuró con vencerlo así:

- Alemu, hace mucho que trabajas para mí. Te has portado bien y me gusta tu trabajo. Si te quedas aquí conmigo, aprenderás mucho y con el tiempo podrás obtener buenos puestos y ganar un salario elevado.

Esto era halagador. El funcionario no parecía enojado porque su sirviente se había negado a beber. Más bien, le estaba proponiendo un magnífico plan para su vida.

- Pero -continuó diciendo el caballero-, hay algo que tú debes hacer, Alemu. Debes abandonar esa misión y hacerte bautizar de nuevo en la iglesia copta, que es la de tu país.

El joven volvió a sentir temor, pero explicó que no podía obrar así.

- Debes hacerlo -replicó el hombre-. En la misión, no podrías obtener buenos puestos. Mañana vendrá el sacerdote para hablar contigo.

Pero Alemu no quería ver al sacerdote. Recordaba la misión y lo que había aprendido en ella: un mejor sistema de vida, basado en el amor del Señor Jesús y en la esperanza de verle un día. Hizo su decisión. Antes que negar a su Dios o vivir entre comodidades, pero sometido a la tentación, se iría. Esa noche empacó sus cosas y salió sin que nadie lo notase.

A la mañana siguiente, se descubrió su ausencia, y el funcionario, enojado, llamó al jefe de policía, le dio la descripción de su sirviente y le pidió que lo encontrara.

No tardaron mucho en apresarle, traerlo a la ciudad y meterlo en la cárcel. El funcionario sabía que ya no podría tener al muchacho por mucho tiempo en la casa y ordenó que lo internaran en la Academia de Policía, para que fuera instruido para esa carrera. Esta era otra oportunidad que muchos hubiesen deseado tener. Pero Alemu había tomado una firme resolución, y al comprenderlo la policía, le dejó ir.

Una vez libre, Alemu se fué para su casa. Poco después vino a nosotros a la Misión de Gimbe y nos contó la historia que Vds. acaban de leer. Su deseo es estudiar y aprender más de la Biblia y ser obrero de Dios.

En el gran país de Etiopía, hay muchas joyas brillantes como Alemu. No se encuentran muy fácilmente pero sabemos que cada una vale bien los esfuerzos que se hagan para encontrarla.

## **ALERTA DE ALCES**

Jeannette y su mamá estaban mirando televisión una tarde, cuando un visitante inesperado irrumpió en la casa. Un alce se coló a través de la puerta y entró corriendo a la sala de estar. El animal, de gran tamaño, corrió por ella, chocando cosas y destrozando muebles.

Jeannette, de diez años, dio un grito y se quedó congelada en su asiento, con los ojos llenos de terror. Su mamá la llevó rápidamente a otra habitación, y luego se dirigió al teléfono para pedir ayuda. Cuando los expertos en vida salvaje llegaron, se hicieron cargo del alce, que aparentemente se había lastimado mientras tomaba por asalto la sala.

-El animal está ebrio -explicaron.

¿Un alce ebrio? Esto puede sonar raro, pero sucede todos los años.

Durante los meses del otoño, una cantidad de alces se aleja de los bosques y se dirige hacia las ciudades y sus alrededores. Encuentran manzanas fermentadas que se han caído de los árboles. Comerla fruta fermentada los embriaga. Los alces, normalmente, no son animales agresivos, pero cuando están alcoholizados se descontrolan. Estos animales grandes pesan hasta casi quinientos kilogramos, ¡y tener un alce borracho suelto puede ser una experiencia aterrorizadora!

¿Alguna vez alguien te dijo que nunca debieras emborracharte; que te mantuvieras lejos de las bebidas fermentadas? Si es así, te han dado un buen consejo, porque el alcohol hace que no puedas pensar bien. La Biblia dice: "El vino lleva a la insolencia, y la bebida embriagante al escándalo; ¡nadie bajo sus efectos se comporta sabiamente!"

Si alguna vez te sentiste tentado a tomar un sorbo, recuerda el alce borracho y di, simplemente, que no. Nunca lamentarás tener la mente clara. Después de todo, así nos creó Dios.

Por Helen Lee Robinson

## **"ALGUNOS HOSPEDARON ANGELES" (Heb.13:2)**

"Estas palabras no han perdido fuerza con el transcurso del tiempo. Nuestro Padre celestial continúa poniendo en la senda de sus hijos oportunidades que son bendiciones disfrazadas; y aquellos que aprovechan esas oportunidades encuentran mucho gozo" (Profetas y Reyes, pág. 96).

Los ángeles de Dios todavía cuidan de los hombres. A pesar de su invisibilidad, siempre están con los hijos de Dios conforme lo prometió en su Palabra. Alguna vez se revela su presencia como sucedió en la siguiente historia:

En el verano de 1913, el misionero Jens J. Hokland colportaba por las tierras del norte de la Península Escandinava. Un día, a fin de poder negar unos hogares que estaban en el valle, tenía que atravesar una montaña muy rocosa. A fin de sentir más seguridad en sus pisadas se quitó los zapatos y las medias. Para descender al valle tenía que pasar por un lugar tan empinado que temió no poder cruzarlo. Allí colgando de las rocas, oró al Señor y le pidió que 'enviara su ángel para que lo acompañase y cuidara. Entonces, renovando su confianza en Dios, descendió la peligrosa pendiente y llegó al valle sano y salvo.

En la primera cabaña encontró a un hombre y su esposa, que al parecer, habían estado observando su descenso. -¿Dónde está su compañero? -fue la primera pregunta, después del saludo de rigor.

-¿Cuál compañero? -preguntó el misionero.

-El hombre que venía con usted.

-Nadie venía conmigo -respondió el misionero.

-Pero, ¿es posible? -exclamaron sorprendidos- Nos otros estábamos observando mientras descendía la montaña y vimos dos hombres.

Entonces el misionero Hoklann recordó la oración que elevó a Dios pidiéndole ayuda y protección. Dios cumplió las palabras del Salmo 34: 7: "El ángel de Jehová acampa en derredor de los que le temen y los defiende"

# "ALÍ-BABÁ" ENCARCELADO

## HISTORIA DE UN BORRICO

Ocurrió en México, y lo vi cuando viajé por esa gran república.

-Pero -dirán los lectores: "¿quién es Alí-Babá, y por qué lo encarcelaron? ¿Qué hizo?"

Ya verán; es una historia un poco larga, porque primero tenemos que hablar algo de México, siendo que muchos lectores no han estado allí. En México hay muchas montañas y por esto la gente usa burros para transportar muchas de sus cosas. Estos animales tienen un paso muy seguro andando por los desfiladeros y caminitos estrechos de las montañas. Además soportan mucha carga y largas caminatas. Hay burros en casi todos los países; así pues, no entraremos en más detalles con respecto a ellos, pero parecería, a veces, que en México se ha reunido la mayor concentración de ellos.

Se los ve por todos lados y llevando de todo sobre sus lomos. Los hay que transportan leña para el fuego de los campesinos. Otros llevan jarrones y cacharros que los alfareros hacen con barro cocido. A veces van cargados con verduras y frutas para vender en los mercados. A menudo van con tanta carga que tropiezan y caen.

No solamente en el campo y las montañas se encuentran muchos burritos, sino que también en las ciudades hay muchos, y es allí donde las dificultades comienzan, pues como los burros no saben leer, violan muchas reglas de tránsito y causan muchas molestias. Cuando vienen los campesinos a vender sus productos, sueltan sus burros mientras ellos atienden sus negocios, y los animales vagan sin rumbo por las calles buscando qué hacer. Generalmente lo que quieren es comer y de paso los dueños se ahorran unos centavos pues no compran avena o pasto para darles.

Es fácil ver, entonces, lo molesto que pueden ser estos jumentos, especialmente cuando deciden alimentarse en los parques, comiendo las flores y plantas de adorno. Fue así como el alcalde de un pueblo cercano al lago Chapala, cansado de estos destrozos ocasionados por la negligencia, promulgó un decreto que regulaba la circulación de los burros en la zona urbana. Se colocaron carteles y señales y avisos para indicar las penas que se impondrían a los infractores, y la policía quedó encargada de velar porque se respetaran los reglamentos. Alí-Babá era hijo de la burra de un campesino que llevaba carga al pueblo y, como era muy jovencito, iba suelto y liviano, brincando ágilmente junto a su mamá. El dueño de Alí-Babá no sabía leer, y cuando fue al pueblo no respetó los reglamentos ni cuidó tampoco que el burrito los respetara. De manera que, de pasada por el parque, Alí-Babá, atraído por el verdor, se quedó allí y el campesino siguió con la burra hasta el mercado. ¡Qué lindo césped! ¡Qué jugosas plantas! ¡Cómo tentaban esas hojas grandes y tiernas! Era como un sueño, y siendo que Alí-Babá tampoco sabía leer, pasó muy ufano frente a un cartel que decía "NO SE ADMITEN BURROS" y comenzó a pasearse por los caminos del parque, comiendo una hoja aquí, mordisqueando otra allá y oliendo el césped a derecha e izquierda. Por fin llegó a un cantero de flores y Alí-Babá comenzó a comer de ellas. ¡y qué ricas eran! Era un verdadero festín. Todo fue bien hasta que Alí-Babá notó la presencia de un hombre que lo miraba con demasiado interés. De pronto el hombre desapareció y el burrito continuó con su florida merienda. Pero el hombre volvió, y esta vez se le arrimó un poco más. Alí-Babá levantó la cabeza y comenzó a mover sus orejotas peludas para oír lo que aquél le decía. Notó que vestía uniforme y que tenía botones dorados que brillaban al sol, una gorra con visera y un cinturón ancho del cual pendían un revólver y un pequeño garrote, pero como las palabras que le hablaba eran cariñosas, pensó que sería uno de los tantos amigos que siempre lo acariciaban y le convidaban con terrones de azúcar, así que no se movió. Mientras tanto el hombre uniformado, que era un policía, se arrimaba cada vez más, y pronto llegó a su lado y le acarició el pescuezo como un viejo amigo.

Sin embargo, Alí-Babá muy pronto sintió que una soga le rodeaba el pescuezo y, cuando quiso quitar la cabeza, notó que se apretaba la soga. Asustado, salió corriendo, pero no había llegado muy lejos cuando sintió un tirón que casi lo volteó. Había llegado al final de la soga, y el policía sujetando firmemente el otro extremo le decía:

-¡Ah, pillo! ¡Ven acá! No escaparás, no.

Alí-Babá tironeó, y pataleó, y rebuznó asustado, pero no pudo escapar. El hombre del lindo uniforme se lo llevaba a la cárcel. Entonces decidió usar su espíritu de burro y, muy terco, se plantó sobre sus cuatro

patas, dispuesto a no ceder ni ante un huracán. Pero el policía llamó a un colega, y como Alí-Babá era muy pequeño lo arrastraron hasta la comisaría.

Entre latigazos, empellones y amenazas lo metieron en la cárcel para burros y allí lo dejaron hasta que vinieran a buscarlo.

¡Cuán triste estaba Alí-Babá detrás de las rejas! El, que estaba acostumbrado a corretear libremente por todos lados, no podía soportar el encierro. Por fin llegó el dueño, pero como era pobre no podía pagar la multa y sacarlo de allí. Alí-Babá tendría que quedar en la cárcel.

El dueño se fue muy triste y el pobre burrito quedó solo, llorando para llamar a su mamá. Fue entonces cuando lo vi, y me dio mucha lástima. Pero al ratito un señor muy bondadoso, creo que se llamaba Smisor, fue al jefe de policía y pagó la multa para que dejaran en libertad a Alí-Babá. Cuando salía de la cárcel, le tomé la foto que acompaña a esta historia, y si se la mira de cerca, se ve una lágrima en el ojo del burrito. Pero esa lágrima se secó muy pronto, pues Alí-Babá no tardó en alcanzar a su mamá y se fue con su dueño. Este burrito nos enseña que debemos siempre leer y respetar los carteles en los parques y paseos públicos, pues no queremos meternos en dificultades como le pasó al simpático protagonista de nuestra historia.

¿No es cierto?

# A LOS GOLPES

Por **NINA WALTER**

-NO DEBIERAS correr entre la gente -le dijo Daniel a Jorge-. Alguien se puede lastimar.

-Nadie se va a lastimar -replicó Jorge-. La gente siempre tiene cuidado cuando hay niños.

-Si los ven -insistió Daniel-. Pe .....

-Pero nada -interrumpió Jorge-. Ven. Vamos a jugar una carrera.

Jorge comenzó a escabullirse entre la gente que caminaba por la acera, pero Daniel no lo siguió. Aunque Jorge se riera de él, él iba a hacer lo que sabía que estaba bien, y eso de ser grosero con la gente no estaba bien. Caminó cuidadosamente procurando no empujar a nadie. De repente notó que allá adelante se había producido una conmoción. Jorge se había caldo en la acera. Al lado había parado un hombre con un bastón.



-Me hizo una zancadilla -exclamó enojado Jorge-. ¡Con su bastón! Es un hombre malo.

-Lo siento -dijo el hombre-. Viniste tan rápido que no te oí a tiempo.

Jorge se estaba poniendo de pie y empujó a un lado a Daniel.

-¿Por qué no mira por dónde camina? -le gritó al hombre.

-Lo haría si pudiera -le respondió éste en voz baja-. Siento que te hice caer. No quería hacerlo.

Daniel tiró de la manga a Jorge y le hizo señas mostrándole el bastón del hombre. Era blanco. El hombre era ciego. A Jorge se le enrojeció la cara de vergüenza.

-En realidad yo tuve la culpa -dijo-. No debía haber venido corriendo. Lo siento. Espero que no lo lastimé.

-No, no me lastimaste -dijo el hombre-, pero me asustaste. Tal vez ahora puedes ayudarme a seguir en la debida dirección otra vez.

-Si Ud. coloca su mano sobre mi hombro, lo voy a acompañar hasta la esquina -le prometió Jorge.

Cuando Daniel y Jorge volvían a la casa, éste último dijo:

-Tenias razón, Daniel. Pero yo tuve que aprender a los golpes.

# AMIGOS ALADOS

Por *Lucille Clemenson*

DAVID y Juanita estaban sentados junto a la ventana con sus libros de colorear. Había estado lloviendo toda la mañana. David miró por la ventana y dio un suspiro.

-Parece que va a parar de llover. Se ve un poco de cielo azul.

De pronto David pestañeó.

-Viste eso, Juanita? -preguntó.

-¿He visto qué? -preguntó Juanita.

-Yo no sé -respondió David arrugando la frente-. Sólo vi algo que pasó como una flecha cerca de la ventana.



Era parte verde y parte algo así como púrpura. Era una cosa chiquitita. . . ;Mira! Ahí está otra vez.

Y David y Juanita apretaron la nariz contra el vidrio de la ventana.

-¡Lo vi! ;Lo vi! Palmoteó Juanita-. Me parece que es alguna clase de mariposa.

La madre acudió a la ventana para ver a qué se debía todo ese entusiasmo.

-No es una mariposa! ¡Es un pájaro! -exclamó David.

El pajarito revoloteaba en torno a las flores. Parecía un diminuto proyectil suspendido en el aire. Sus alas se agitaban tan rápidamente que formaban sólo un borrón.

-Es un picaflor -les dijo la madre-. Los picaflores son verdaderos pilotos acróbatas. Pueden subir o bajar como cohetes o volar hacia atrás o hacia adelante o hacia los lados a voluntad. Cuando aletean hacen un sonido semejante al de un abeja. De hecho, los picaflores más pequeños tienen más o menos el tamaño de un abeja grande.

-¿Y qué es lo que hace ese picaflor? -preguntó Juanita. No parece tocar las flores del árbol.

-Indudablemente está cazando insectos. Los picaflores se alimentan de insectos, y también del néctar de las flores -explicó la madre.

-Me gustaría ver un nido de picaflor -dijo David. Debe ser pequeñito.

-Es difícil verlo porque es muy pequeñito, más o menos del tamaño de una cáscara de nuez. Parece casi como un hongo que hubiera crecido en una rama. El picaflor construye su nido con la pelusa de las semillas del cardo o del diente de león. Esta pelusa la cubre con musgo y la afirma a un árbol o arbusto con las hebras de una telaraña. El picaflor le da forma al nido haciéndolo girar sobre los lados. Lo ahueca como si fuera una pieza de arcilla. La parte exterior la arregla y alisa con el pico. Luego pone dos huevecitos blancos. Cuando nacen los pichoncitos, parecen como insectos negros. A Uds. les gustaría ver cómo les dan de comer a los pichoncitos. Los padres recogen néctar de las flores, arañas y otros insectos. Los tragan. y cuando vuelven al nido, afirman la cola contra el costado del nido y meten el pico delgadito en la garganta del pichoncito y parece que lo pincharan. Pero todo lo que los padres hacen es bombear el alimento en el buche del pichoncito.

-¡Pobre pichoncito! Me alegro de que no soy un picaflor -dijo Juanita. y los dos se rieron.

-En un tiempo estos pajaritos parecidos a gemas se usaban como joyas -siguió explicando la madre. Se exportaban a Europa millones de pieles de picaflores, donde se los convertía en broches y alfileres y otros adornos.

-Me alegro de que no destruyeron todos los picaflores -dijo David-. Jesús cuida hasta de los más pequeñitos, ¿no es cierto?

-Sí, cuida de los pájaros y también de nosotros -les aseguró la madre a los niños-. La Biblia dice: "Considerad los cuervos, que ni siembran, ni siegan; que ni tienen despensa ni granero, y Dios los alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que las aves?"

# ANDRÉS Y LA EXPRIMIDORA

Por **POSY CUTLER**

ANDRÉS estaba disfrutando mucho de su visita en la casa de la tía Elodia. En la granja había muchas cosas que hacer. Le gustaba ayudar al tío Enrique a atender las vacas y las gallinas, pero también le agradaba ayudar a la tía Elodia en la casa. La ayudaba a hacer las camas, a barrer los cuartos, y a lavar los platos. En los días de lavado, a Andrés le gustaba ir con la tía Elodia al subsuelo y observarla cuando separaba la ropa en grandes montones para ponerla en la lavadora.



Cuando la ropa se había lavado un buen rato, la tía Elodia la levantaba del agua jabonosa con un palo suave. Acercaba las prendas calientes a los rodillos de la exprimidora y éstas comenzaban a pasar. Los rodillos apretaban la ropa y le sacaban el agua. Eso era lo que más le gustaba a Andrés, cuando las prendas pasaban entre los rodillos y caían luego en una pileta llena de agua limpia para ser enjuagadas. Casi cada vez Andrés le preguntaba a la tía:

-¿Puedo poner algunas prendas en la exprimidora?

Pero ella siempre le contestaba:

-No, Andrés. Todavía no eres bastante grande para hacerlo. Los rodillos podrían agarrarte la mano, y te lastimarían. Pero puedes ayudarme a enjuagar la ropa.

Andrés estaba seguro de que si él acercaba la ropa a los rodillos, éstos no le harían nada. Había observado cómo la tía Elodia lo hacía y no parecía un trabajo muy difícil. Pero ya que ella no se lo dejaba hacer, se contentaba con sacudir la ropa en el agua. Luego la tía la volvía a pasar por los rodillos para que cayera en otra pileta de agua limpia.

Entre los dos sacudían la ropa en el agua y luego, una vez más, ella la pasaba por la maravillosa exprimidora. Los rodillos daban vueltas y vueltas sacando el agua de las prendas. Esta vez la ropa caía en el cesto. Luego la tía Elodia la llevaba afuera al sol y la colgaba en la cuerda.

Cierto día, cuando la tía Elodia ponía la mejor camisa del tío Enrique entre los rodillos, sonó el teléfono.

-Oh, tendré que ir a atenderlo -dijo ella-. Andrés, no toques nada mientras no estoy aquí.

Y subió corriendo las escaleras para ir a la cocina, sin detenerse a parar la máquina de lavar.

Andrés siguió enjuagando la ropa en la pileta. Le daría una sorpresa a la tía Elodia y tendría todo listo para pasarlo por la exprimidora cuando ella volviera.

De pronto se le ocurrió otra idea. "Se la voy a exprimir -se dijo-. Yo sé cómo hacerlo".

Miró la exprimidora. Los rodillos todavía estaban girando. Andrés levantó su propia camisa blanca y la acercó a ellos. Los rodillos parecieron arrancársela de las manos, y la camisa pasó y cayó al otro lado en la pileta con agua. ¡Qué divertido era! Tomó entonces el mejor delantal blanco de la tía Elodia.

Pero esta vez algo no anduvo bien. Andrés no dejó a tiempo el delantal y los rodillos le agarraron también los dedos.

-¡Ay! -gritó, tratando de retirar la mano. Pero la exprimidora siguió andando, y los rodillos comenzaron a apretarle la mano y luego el brazo. Como la exprimidora lo tiraba del brazo, perdió pie, y sintió como si le arrancaran el brazo.

-¡Tía! -gritó-. ¡Tía!

La tía Elodia corrió escaleras abajo. Rápidamente levantó la palanca para aflojar los rodillos. Y luego fue retirando el brazo de Andrés a medida que la exprimidora se lo permitía. Andrés tenía desgarrada la piel de la parte de adentro del brazo, de manera que la tía Elodia lo llevó en seguida al médico.

Más tarde, mientras el doctor terminaba de vendar la mano y el brazo de Andrés, se volvió y lo miró muy serio.

-¿No te dijo alguien que no te acercaras a los rodillos? -le preguntó.

Andrés miró al suelo.

-La tía me lo dijo hoy mismo -admitió él.



-Si yo fuera tú, la próxima vez que la tía me diera un buen consejo, lo escucharía -le dijo el doctor.  
-Yo también lo haré -prometió Andrés.

## ANDROCLES Y EL LEÓN

Hace muchos siglos vivía en el norte de África un pobre esclavo romano llamado Androcles. Su dueño era un hombre muy cruel, por lo que sus esclavos eran muy desdichados. Si dejaban de satisfacer los deseos de su señor, siempre eran castigados y torturados. Androcles aguantó durante mucho tiempo los rigores de aquella vida, pero finalmente, no soportando más, decidió huir.

Sabía que al hacerlo correría un gran riesgo, pues en aquel país extranjero no tenía amigos que le pudieran dar seguridad y protección; también sabía que si era encontrado y preso, sería castigado con una muerte cruel. Pero, creía que la muerte no sería tan terrible como la vida que llevaba; y que era posible que pudiera escapar hasta la costa marítima y que algún día, de alguna forma, podría volver a Roma y, quién sabe, encontrar un dueño mejor.

Así que, en una noche oscura, escapó de la casa de su señor y, protegido por las sombras, cruzó la plaza desierta y las calles silenciosas, salió de la ciudad y se cruzó los viñedos que había fuera de los muros. El aire frío de la noche lo ayudaba a andar rápidamente. Al despuntar el Sol en el horizonte ya estaba a muchos kilómetros del lugar donde había sufrido tanto. Pero, ahora, un nuevo terror lo oprimía, el terror de la inmensa soledad.

Estaba en una región desierta, improductiva, donde no había señal de ninguna habitación humana. Se sentía tan cansado que no tenía fuerzas para proseguir vagando; por eso, al ver una caverna que parecía fresca y oscura se arrastró hacia dentro, y extendiendo los miembros cansados en el suelo arenoso se durmió.

De repente, fue despertado por un ruido que le hizo helar la sangre en las venas. Al escuchar el rugido de un animal salvaje, se puso de pie y vio un enorme león amarillo-rojizo con grandes dientes, blancos y brillantes, parado a la entrada de la caverna.

Era imposible huir, pues la fiera cerraba el camino. Incapaz de moverse por causa del terrible miedo, Androcles quedó allí, de pie, pegado al suelo, petrificado, aguardando que el león saltara sobre él y lo triturara, miembro por miembro.

El león, sin embargo, no se movió. Gimiendo bajito, como si estuviera con mucho dolor, se puso a lamer su enorme pata, de la que manaba mucha sangre. Al ver a aquel animal sufriendo tanto, el esclavo olvidó su propio terror y lentamente se aproximó al león.

Este, entonces, irguió la pata, como pidiendo auxilio. Androcles vio que una enorme espina había penetrado en la pata del animal, produciéndole un profundo corte. La pata estaba hinchada y daba la impresión de que dolía mucho. Rápidamente retiró la espina y comprimió bien la hinchazón para parar la sangre. El dolor pasó, y entonces el león, aliviado, se acostó quietamente a los pies de Androcles, moviendo lentamente su espesa cola, tal como lo hace un perro cuando se siente bien y contento.

Desde aquel momento, Androcles y el león se hicieron amigos. Durante tres años los dos vivieron juntos en la caverna, de día vagando por los campos en busca de alimento, y a la noche durmiendo juntos, pues la caverna era en verano un lugar más fresco que el matorral, y en el invierno era más caliente.

Finalmente, en el corazón de Androcles pesó tanto el deseo de volver a convivir con compañeros humanos que sintió que no podía continuar en aquella soledad. Debía ir a alguna ciudad y correr el riesgo de ser tomado preso y muerto como esclavo fugitivo. De modo que, cierta mañana, abandonó la caverna y comenzó a vagar creyendo que iba en dirección al mar y que encontraría una ciudad grande. A los pocos días fue capturado por un pelotón de soldados que estaban patrullando el campo en busca de esclavos fugitivos. Y el pobre Androcles fue encadenado y enviado preso a Roma.

En Roma lo colocaron en la cárcel y lo juzgaron por el crimen de haber huido de su señor. Como consecuencia, recibió la condena de morir despedazado por animales feroces en el primer feriado internacional, en el gran circo de Roma.

Cuando el día llegó, lo llevaron al circo, vistiendo una túnica modesta y corta. Le dieron una lanza, para que pudiera defenderse, aunque era una vana esperanza, pues bien sabía Androcles que tendría que luchar con un potentísimo león, al que habían dejado sin comer durante varios días para ponerlo más salvaje y sanguinario. Al entrar en la arena del gran circo romano, oyó por encima de las voces de los millares y millares de espectadores el rugido amenazador de las fieras, que todavía estaban en sus jaulas subterráneas.

De repente, un silencio expectante dominó a los asistentes. A una señal, llevaron a la arena la jaula en la que estaba el león que debía luchar con Androcles.

Después de un instante, con un rugido salvaje, la fiera saltó furiosamente de la jaula a la arena y avanzó velozmente hacia el rincón donde se encontraba Androcles, de pie, temblando. Pero, de repente, al ver al esclavo, el león se aquietó, sorprendido. Entonces, ligera pero mansamente, se acercó a Androcles moviendo alegremente la cola, y se puso a lamer sus manos y a hacerle fiestas como si fuera un gran perro. Androcles acarició la cabeza del león, con sollozos de gratitud, pues vio que era el mismo león con el que había vivido todos aquellos años.

Viendo aquel extraordinario y extraño encuentro entre el hombre y la fiera, todos los espectadores se maravillaron. El emperador, que estaba en su palco especial, pidió que llevaran a Androcles a su presencia para que le contara aquella extraña historia y le explicara aquel misterio. Al oírlo, se emocionó tanto que ordenó que Androcles fuera liberado, y que desde aquella hora en adelante fuera considerado hombre libre. El emperador lo recompensó con dinero y ordenó que el león pasara a pertenecer al esclavo, debiendo acompañarlo dondequiera que fuera.

Cuando las personas en Roma veían a Androcles andando por las calles, seguido de su fiel león, sin duda amordazado, lo señalaban y decían: "Aquél es el león, el huésped del hombre; y aquel es el hombre, el médico del león".

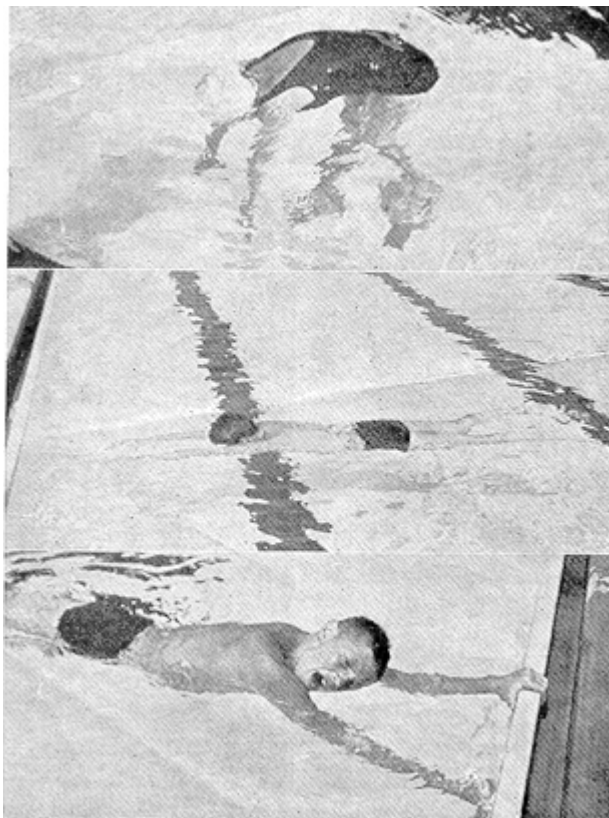
# ¡APRENDE A NADAR!

Por **RAIMUNDO SCHIESSLER**

¿ESTAS cansado de mirar cómo otros se divierten en el agua mientras tú estás sentado en la orilla? Entonces no dejes pasar el verano sin aprender a nadar. Si has leído la historia "Veintidós horas en el mar", te habrás dado cuenta de cuán importante es a veces saber nadar.

Si es posible, aprende a nadar en una pileta de natación. Si lo haces en un lago o en un arroyo, indaga primero cuáles son los lugares peligrosos y no te acerques a ellos. Todos los lugares donde se nada debieran estar provistos de una larga caña de bambú para halar a cualquiera que esté en dificultad. Mientras aprendes a nadar debieras estar acompañado de un nadador de experiencia.

Entra en el agua y recorre los lugares playos hasta que te sientas cómodo. Ahora estás listo para comenzar a aprender a nadar y voy a enseñarte el estilo crawl. Es la forma más veloz y fácil de moverse en el agua, pero requiere absoluta y perfecta sincronización. Un buen método es esencial. Primer paso: Párate en un lugar donde el agua te llegue hasta el pecho, mirando hacia donde el agua es más playa. Estás por aprender cómo flotar echado sobre el vientre. Inclínate hacia adelante hasta sumergir la cara en el agua con las manos extendidas hacia adelante. Emplea los pies como un resorte para dar un impulso al cuerpo que lo haga deslizarse hacia la orilla, dejando luego las piernas bien extendidas hacia atrás.



Practica este deslizamiento repetidas veces alejándote cada vez un poco más de la orilla. Eso te acostumbrará a tener la cara sumergida en el agua, lo que es esencial para aprender a nadar el estilo crawl. Tu cuerpo posee una flotabilidad natural, y te va a ser más difícil hundirte que mantenerte a flote.

El segundo paso es aprender a mantener los ojos abiertos debajo del agua.

Muchos principiantes experimentan un miedo natural de abrir los ojos cuando tienen la cabeza sumergida en el agua. No es difícil vencer ese temor. Determinate a abrir los ojos debajo del agua antes de intentarlo. Entonces te resultará fácil. El agua no te va a producir ningún dolor en los ojos. Vas a sentir que está presente y que no puedes ver tan claro como verías fuera del agua; pero no te será difícil ver. Prueba contando los dedos de la mano. Mira el fondo de la pileta y procura encontrar los pies de otro nadador. Repite varias veces el procedimiento de meter la cara en el agua, retener el aliento y abrir los ojos. Es muy fácil.

El siguiente paso es aprender a respirar. Este paso es tan importante que debieras practicarlo al comienzo de cada lección. Sostente del borde de la pileta, mete la cara en el agua y expele el aire de los pulmones haciendo burbujas. Vuelve la cabeza hacia un lado hasta que la boca quede sobre la superficie del agua e inspira profundamente por la boca. Vuelve a sumergir la cabeza y expele el aire por la boca haciendo burbujas. Vuelve a sacar la boca del agua, esta vez inclinando la cabeza hacia el lado contrario y tras meter de nuevo la cabeza en el agua expele el aire de los pulmones. Repite este ejercicio rítmicamente quince veces sin parar.

La bañera es un lugar muy apropiado para practicar este ejercicio de respiración. Cuando estés con la cara debajo del agua, no retengas meramente el aliento. Expele el aire. Haz burbujas echando el aire

por la boca. Practica llenando de aire los pulmones, metiendo la cabeza debajo del agua, exhalando el aire por la boca, levantando luego la cabeza, tornando otra vez aliento y así sucesivamente. (Practica mantener los ojos abiertos debajo del agua antes de usar jabón, para que éste no te entre en los ojos.)

Durante toda esta semana sigue practicando hasta que puedas deslizarte, flotar, abrir los ojos debajo del agua y respirar rítmicamente. Luego empieza abrazear.

# APRENDIENDO A LLEVAR CARGAS

Por **Hildegarde Stanley**

-¿POR qué tengo que ayudar siempre a lavar los platos? -murmuró Margarita-. Yo quiero salir a jugar a la escondida con las otras chicas.

-Bueno, querida, yo necesito tu ayuda: así podré terminar con el trabajo de la cocina y seguir con la costura que necesita hacerse.

Margarita frunció el ceño, murmuró y protestó mientras secaba los platos, vaciaba el tarro de la basura y barría el piso.

Llegó la siguiente comida, y cuando terminó, Margarita volvió a quejarse.

-¡Platos, platos, platos! Yo no quiero lavar platos. Quiero andar en bicicleta.

Y se dejó caer en una silla, muy enfadada.

-¡Margarita, qué cara tienes! -se rió la mamá-. ¡Y debieras sentirte agradecida! Hay muchos niñitos y niñitas que viven en la India, en el África y en la China y aun aquí en América que no tienen que ayudar a sus madres a lavar los platos. ¿Y sabes por qué? Porque no tienen nada que comer, de modo que no hay ningún plato que lavar. ¿No estás agradecida por haber tenido una buena comida?

-No -respondió Margarita-. ¡No lo estoy! Ojalá que no tuviéramos que volver a comer, porque entonces no tendría que quedarme adentro ayudando a lavar los platos mientras los otros chicos están jugando afuera.

-Pero ésa es la forma como aprendemos a asumir responsabilidades en el hogar. Todos sentimos hambre y tenemos que comer. Todos nos cansamos y necesitamos una buena cama para dormir. Necesitamos ropas para usar, y cuando se ensucian, hay que lavarlas y plancharlas. Papá trabaja fuerte para ganar el dinero con que comprar lo que necesitamos. Yo estoy siempre ocupada cocinando, lavando, planchando y cosiendo. ¿Crees que sería justo que tú gozaras de todas esas ventajas en nuestro hogar y nunca ayudas?

-A mi no me importa -murmuró Margarita-. Quiero jugar con Corina. ¡Corina nunca tiene que ayudar a su mamá!

-Muy bien, si tú realmente prefieres jugar con la muñeca de Corina en lugar de comer, supongo que podemos arreglar para que lo hagas. Pero temo que no te vas a divertir mucho jugando sin haber comido primero.

-Si no como, ¿tengo que lavar los platos?

-Veamos ... no! -replicó la mamá-. Creo que no. Si no comes, no sería justo que tuvieras que lavar los platos. Si quieres, puedes irte a jugar.

-¡Qué lindo!

Margarita corrió afuera para llamar a Corina. Juntas le hicieron ropas a la muñeca hasta que ésta tenía un guardarropa lleno de hermosos vestidos. Luego, junto con Patricia y Beatriz, otras dos niñas vecinas, fueron a andar en patines. Recorrieron la acera lisa, de abajo para arriba y de arriba para abajo volando en sus patines, riendo y conversando alegremente.

"Oh, esto es hermoso -pensó Margarita-. No he tenido que entrar en la casa durante toda la tarde. Puedo



jugar con mis amigas tanto tiempo como quiera".

Cuando Esteban, el muchacho que vivía en la casa de al lado, llegó de la escuela, todos los niños fueron al gran patio de atrás de la casa de Margarita para jugar al tejo.

Cuando llegó la hora de la cena, la mamá salió a la puerta de atrás y llamó:

-Papá llegó a casa, Margarita. ¿No quieres entrar ahora?

-¿Tengo que hacerlo? -preguntó Margarita.

-Oh, no querida -respondió la madre. Puedes quedarte afuera a jugar si estás segura de que no quieres cenar con nosotros.

También la madre de Corma no tardó en llamar a su hija para cenar. Luego se fue Beatriz. Entonces Patricia dijo que tenía hambre y que se iría. Y finalmente el papá de Esteban lo llamó con un silbido. Y con eso Margarita quedó sola y no tuvo a nadie con quien jugar al tejo. ¡Ah!, tenía la solución. Andaría en bicicleta. Ahora le quedaba la acera para ella sola.

No se explicaba por qué, pero estando sola no se divertía tanto como antes. Hasta su perro prefirió entrar en la casa. Seguramente estaría comiendo su comida, y alguna cosita que le tiraran de la mesa.

Después de un rato los otros niños regresaron para jugar. Margarita oyó que la madre estaba lavando los platos; luego escuchó que levantaba la tapa del tacho de basura y echaba en él los desperdicios y las servilletas de papel que habían usado para la cena.

Las luces de las casas comenzaron a encenderse y uno tras otro sus compañeros de juego se fueron yendo. Ya era muy oscuro para seguir jugando y Margarita entró a la casa por la puerta de la cocina. Esta estaba en orden y limpia. En la sala el papá estaba sentado en su silla favorita leyendo el periódico y la mamá se hallaba ocupada en la máquina de coser que tenía en un rincón. Detrás de ella, extendido sobre el respaldo de la silla, estaba el vestido nuevo de Margarita.

-Oh, ¿está terminado mi vestido, mamá?

-Sí, querida. Ahora le estoy haciendo el cinturón y entonces estará listo para usarlo el sábado que viene para ir a la iglesia. Debes sentirte cansada después de haber jugado tanto, Margarita. Sería bueno que vayas a bañarte y alistarte para ir a la cama.

Margarita se sintió un poco extraña mientras se bañaba y se ponía el pijama. El papá subió a su cuarto y le leyó algo. Cuando hubieron orado, él la abrigó en su hermosa camita limpia y le dijo:

-Buenas noches, querida. Que tengas un dulce descanso.

Eso es lo que siempre el papá le decía cuando la ponía en cama. Pero Margarita no sentía que iba a tener un dulce descanso. Tenía hambre. No lo había notado mientras estaba jugando. ¡Pero ahora sentía el estómago vacío!

Y también estaba pensando en su vestido nuevo. Mientras ella jugó durante toda la tarde y la nochecita, la madre había estado cosiendo para que ella pudiera usar algo nuevo y hermoso para la iglesia.

En ese momento oyó que alguien subía por la escalera. Era la madre quien no tardó en entrar en el cuarto y fue a sentarse en el borde de la cama de Margarita.

-¿No te gustaría tomar este jugo de naranja, querida? Estoy segura de que tendrás hambre. Esto te ayudará a dormir mejor -dijo mamá.

Entonces Margarita se sintió peor que nunca. La mamá era siempre tan bondadosa y considerada con

ella. Margarita bebió jugo lentamente. Cuando lo terminó, le devolvió el vaso a la mamá y se pasó la lengua por los labios.

-Gracias -dijo casi en un susurro. La mamá se inclinó para besarla, y Margarita estalló en lágrimas.

-Lo siento, mamá -sollozó.

-¿Lo sientes? ¿No pasaste una linda tarde jugando?

-¡Oh, sí! -Sollozó Margarita-. Pero me siento muy egoísta. Mientras yo jugaba tú estabas haciendo el vestido. Y también tuviste que limpiar la cocina. Y hoy no te ayudé nada. ¿No estás cansada, mamá?

-Sabes ... yo estaba cansada cuando subí la escalera -dijo la mamá secándole las lágrimas -Margarita-. Pero ahora me siento mucho mejor. Si mi hijita ha aprendido cuán importante es ayudar a otros, entonces éste ha sido un día muy bueno. ¿Recuerdas el versículo de memoria que tuviste hace un par de semanas? Dice así: "Sobrellevad los unos las cargas de los otros". ¿Crees tú que Jesús hubiera jugado todo el día y habría permitido que su madre hiciera todo el trabajo sola?

-No, mamá, estoy segura de que él no lo habría hecho. Jesús nunca fue egoísta. Me alegro por que hoy descubrí lo que realmente significa ese versículo de memoria.

Y Margarita volvió a acurrucarse debajo de los cobertores para, pasar una buena noche de sueño...

- y tener un dulce descanso.



## ÁRBOLES DE TALLARINES

En 1957, la BBC (British Broadcasting Company) sacó al aire la siguiente noticia: Richard Dimbleby, un conocido presentador, informó que la cosecha anual de tallarines en Ticino, en el límite entre Italia y Suiza, había sido un éxito. Muchas personas habían participado de la cosecha, recogiendo hebras de tallarines de los árboles de tallarines y poniéndolas a secar.

¿Tallarines creciendo en árboles? ¿De qué estaba hablando Dimbleby? La noticia, en realidad, era una broma del Día de los Inocentes. Muchos de los telespectadores disfrutaron del chiste, mientras que otros se quejaron de que no deberían hacerse bromas en programas serios. Pero, créanlo o no, la emisora recibió numerosas cartas de espectadores que pedían más detalles acerca de cómo podían asistir al festival de cosecha el año siguiente. Dimbleby los había engañado, haciéndoles creer algo que no era cierto.

Hace unos seis mil años, alguien engañó a dos personas haciéndoles creer una falsedad; pero, con consecuencias mucho más serias. Génesis 3 nos cuenta la historia. Dios creó el Jardín del Edén para Adán y para Eva. Les dijo que podían comer del fruto de cualquier árbol, excepto el del árbol del conocimiento del bien y del mal. Si comían ese fruto, morirían.

Satanás se acercó a Eva, disfrazado como serpiente.

-No morirán -le dijo.

Eva le creyó a la serpiente, despreciando la palabra de Dios. Comió del fruto y también le dio a Adán. Ese fue el comienzo del pecado en nuestro mundo. Dios podría haber dejado que murieran, pero los amaba tanto que les prometió un Salvador.

Siempre necesitamos recordar tres cosas:

1. La palabra de Dios es verdad;
2. Cuando despreciamos la verdad, somos engañados con mentiras;
3. No importa lo que ocurra, Dios nos ama y quiere salvarnos.

Por Helen Lee Robinson

## ÁRBOL VENENOSO

Si viajas a India, mantente lejos del árbol Cerbero odollam que se encuentra en los pantanos y los arroyos de la costa sur del país. Este árbol es causante de alrededor del cincuenta por ciento de todos los casos de envenenamiento por plantas, y del diez por ciento del total de casos de envenenamiento en el estado sudoeste de Kerala.

El árbol odollam mide cerca de quince metros de alto. Tiene hojas verde oscuro y grandes flores blancas, que exhalan una fragancia dulce y delicada. Cuando el fruto está verde, se parece a un mango pequeño, y a veces tienta a los niños a comerlo. Pero, no permitas que el aroma de las flores o la apariencia de la fruta te engañen: el árbol contiene un veneno llamado cerberin, que detiene el corazón, matando a la persona en tres o seis horas.

Ahora que sabes cuan peligroso es el árbol, probablemente quieres mantenerte alejado de él. Y eso es lo que Adán y Eva debieron haber hecho cuando vivían en el Jardín del Edén. Puedes leer la historia en el libro de Génesis. Dios les dijo: "Puedes comer de todos los árboles del jardín, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no deberás comer. El día que de él comas, ciertamente morirás".

Bueno, un día, mientras Eva caminaba por allí, se dio cuenta de que estaba al lado del árbol prohibido. Comió del fruto, y dio también de él a Adán. Desobedecieron a Dios, y su pecado los condenó a la muerte eterna, junto con el resto de sus descendientes (incluyéndonos a ti y a mí).

Pero, Dios no quería que nadie muriera. En lugar de ello, Jesús -Dios Hijo- vino a nuestro mundo a morir en lugar de nosotros. Gracias a su sacrificio, podemos vivir para siempre con él. No envenenes tu vida con cosas de este mundo, sino acepta a Jesús en tu corazón. La elección es tuya.

Por Helen Lee Robinson

## ARRASTRADOS POR LA CORRIENTE

El Normandie, el barco más grande del mundo en su época, entraba lentamente en la bahía. Todos estaban muy entusiasmados en la isla, incluso siete muchachos que no habían hablado de otra cosa durante toda la mañana.

Era la primera visita del Normandie a Inglaterra, y todos lo querían ver. Millares de personas viajaban al puerto para ver el gigantesco navío.

-Todos van a ver el Normandie -hizo notar Ned.

-Todos menos nosotros -corrigió Felipe.

-¡Ojalá pudiéramos ir! ... -suspiró Pepe.

-¡Vayamos en una de las lanchas! -sugirió entusiasmado Haroldo.

-¿Pero cómo podremos conseguir los dos chelines cada uno? -Tito sabía que las lanchas cobraban dos chelines, y ellos no tenían ni de lejos esa suma.

Esa no era la única dificultad. Estaban seguros de que sus padres no los dejarían ir solos, y por otra parte, como ya eran crecitos, no les gustaba que sus padres estuviesen siempre tras ellos.

-¡Pero muchachos! ¡Yo sé qué! -anunció con entusiasmo Javier-. Todos tenemos bicicletas, ¿no es cierto? Pues bien, iremos en bicicleta hasta el puerto de Seaville y allí tomaremos una lancha pescadora. ¡Veremos el Normandie!

-¡Muy bien! ¡Convenido! -exclamaron todos.

-Sería bueno que lleváramos nuestros trajes de baño -insinuó Felipe.

-y también agua fresca -observó pensativo Ned.

-¿Qué más llevaremos?

-¿A qué hora nos encontraremos?

-¿Qué ropa vestiremos?

Estas y muchas otras preguntas por el estilo se hicieron hasta que más o menos todos se pusieron de acuerdo.

Las madres de los siete muchachos no advirtieron nada anormal en la conducta de ellos durante el almuerzo; pero, al terminar la comida, sus hijos se escurrieron y desaparecieron sin que nadie lo notara. Ese miércoles de tarde los siete ciclistas llegaron a Seaville y, tomando una jarra y una calabaza llenas de agua, se pusieron los trajes de baño, subieron a un bote de remos que había en la orilla y, soltando amarras, lo empujaron mar adentro.

Cada uno quería remar el primero, menos Haroldo que, por ser muy gordo, no podía hacer mucha fuerza y además era, por naturaleza, perezoso y holgazán. Se necesitó algún tiempo para decidir quién remaría primero, pero al fin partieron. ¡Qué lindo era remar! Y, ¡qué lindo sería ver el Normandiel

-Tiene más de tres cuadras de largo -informó Javier. -¡Sí, y es como una casa de nueve pisos que sobresaliera del mar! -intervino Daniel. -Cuando vean sus enormes chimeneas, se sentirán como hormigas -terció otro de los muchachos.

-Tiene treinta botes salvavidas -agregó Tito.

Podría haberse pensado, al escucharlos, que ya habían visto el Normandie.

Sin embargo, tenían que atender a los remos, y poco después siguió un largo silencio sin interrupciones.

-Debemos llegar pronto -dijo por fin Ned.

-¡Uf! -gruñó Felipe, que tenía uno de los remos- Este trabajo se hace pesado. -¡Sí, ya lo creo! -añadió Javier, que empuñaba el otro remo-. Apenas si puedo remar.

-Denme uno de los remos -sugirió Tito, mientras pensaba para sus adentros: "Quién sabe si la marea no está bajando". Y, "quién sabe si no estamos en medio de la corriente. Queda cerca de aquí".

Durante varios minutos Tito remó en silencio. Luego dijo:

-Muchachos, debemos llegar a la orilla.

-Cada vez se me hace más difícil remar -observó Jaime-. Tome otro los remos por un momento. Estoy cansado.

-No parece que avanzamos -afirmó tristemente Haroldo, el gordito.

-Más bien vamos hacia el océano -comentó Pepe.

-Ya está oscureciendo -dijo tembloroso Ned, después de una hora- Me gustaría estar en casa.

-¡Miren! -gritó Pepe-o ¡Allá hay un bote! ¡No! ¡Son dos!

-Rápido muchachos, una camisa -ordenó Tito. Prestamente ató la camisa a un remo y la agitó desesperadamente, pero en vano. Nadie dio señas de haberlos visto. Aunque los muchachos remaban con todas sus energías, eran llevados a la deriva, lejos del Normandíe, lejos de la costa inglesa, cada vez más adentro del Canal de la Mancha. Ya estaban fuera de la bahía. Pepe y Ned lloraban. Tito y Felipe, que estaban remando, trataron de animar a los demás y se pusieron a cantar. Entonces todos oraron pidiendo ayuda. Mientras Pepe tomaba agua, dejó caer la jarra y se perdió el precioso líquido. A los pocos minutos todos estaban sedientos. Tenían hambre también y estaban cansados. Pronto perdieron de vista la silueta del enorme Normandíe, que estaba anclado a catorce kilómetros de la orilla. Hacía mucho que no veían la costa. ¡El bote era llevado de aquí para allá! ¡Cómo soplaban el viento y bramaban las olas! Una enorme ola casi los dio vuelta, y otras golpeaban los costados y el fondo del bote.

Los muchachos achicaban el agua con la calabaza, pero de pronto ésta se rompió al pisarla Haroldo en un descuido. ¿Qué podrían hacer? Pronto se anegaría el bote, y todos se ahogarían...

-¡Muchachos, quítense los trajes de baño -ordenó Tito, tan valiente y sereno como un capitán-, empápenlos de agua y exprímanlos por sobre la borda.

Cada muchacho trabajó desesperadamente, empapando su ropa y exprimiéndola. Así consiguieron que no se llenase de agua el bote. Lentamente pasó la noche. Llegó el jueves, y los muchachos estaban hambrientos, sedientos, cansados, y asustados al pensar que su embarcación podría darse vuelta de un momento a otro. Pasó el día lentamente y sin ninguna esperanza.

El viernes halló a los muchachos más hambrientos, más sedientos, más cansados y más asustados que nunca. Aun Tito no podía hallar forma de animar a sus compañeros. Pero cuando el sol se ponía, su rostro se iluminó.

-¡Tierra! -murmuró casi con reverencia.

-¡Tierra! ¡Tierra! -gritaron todos. No les importó tener las manos ampolladas, ni el estómago dolorido, ni la boca reseca.

Remando con todas las fuerzas que les quedaban, al fin llegaron a la costa a eso de las once y media de la noche. Tito y Javier sacaron el bote del agua, lo dejaron en la arena de la playa y alcanzaron a los otros que penosamente iban hacia una casa cercana. Era cerca de la medianoche cuando recibieron alimento y un lugar para dormir. Los habitantes de la casa eran muy buenos, pero hablaban una lengua extraña. Los muchachos habían sido llevados a la deriva más de 65 kilómetros, hasta la costa de Francia, que nunca antes habían visto.

Al día siguiente los muchachos fueron llevados de vuelta a Inglaterra, y no en un botecito, sino en una nave del cuerpo de guardacostas, que fue enviada con ese propósito.

Cuando estuvieron a salvo en su casa y se aquietaron los ánimos, cada uno hizo la resolución de que siempre comunicaría sus planes a sus padres y les indicaría los lugares adonde quisiera ir.

## ARREBATADO DEL INCENDIO

Les contaré algo que ocurrió hace poco más de doscientos años.

Sólo se quemó una casa parroquial -un edificio de madera con techo de paja -, pero el incendio fue uno de los más memorables de la historia de Inglaterra.

En ese tiempo vivía en la casa una familia bastante numerosa constituida por el papá, la mamá y varios niños.

Entre los niños había uno que se llamaba Juan. Tenía seis años y era un niño despierto y alegre, y estaba destinado a ser uno de los hombres más conocidos y notables de su tiempo.

Era la medianoche del 9 de febrero de 1709 cuando se descubrió el fuego. La familia estaba durmiendo plácidamente cuando de repente el terrible grito de "¡Fuego!" los despertó a la realidad del peligro inmediato.

La antigua casa, seca como yesca, pronto fue una sola masa de llamas, y el humo salía por todas las ventanas.

Tomando rápidamente los soñolientos niños de sus camas, el papá y la mamá los condujeron rápidamente afuera, a un lugar seguro. Con tanta premura lo hicieron, y tanto era su pánico, que no tuvieron tiempo de pensar en ropas, y algunos de ellos se encontraron en el jardín con sólo su ropa de dormir. En la casa tenían oro y plata por varios centenares de dólares, y la mamá deseaba regresar para recuperarlos, pero el papá no la dejó entrar, diciendo que era mejor que se perdiera el dinero que correr un riesgo tan grande. En poco tiempo toda la vecindad estaba levantada, y decenas de personas se habían reunido para ver el dramático incendio.

Repentinamente, de labios de todos salió un grito de asombro y terror, pues en una de las ventanas apareció el pálido y asustado rostro de un niño.

Era Juancito. Con el terror y la confusión todos se habían olvidado de él. Despertado por el ruido extraño, había encontrado que su dormitorio estaba iluminado, y pensó que ya había amanecido. Pero cuando vio las llamas que corrían por el techo de su habitación, saltó de la cama y corrió hacia la puerta, de donde tuvo que volver por el calor y el humo. Como por allí no tenía salida se acercó a la ventana, y parado sobre una silla se asomó a la oscuridad y vio un mar de gente asustada que miraba hacia arriba.

-¡Socorro! ¡Ayúdenme! -gritó el pobre Juancito.

El papá lo vio, y en un arranque de angustia corrió hacia el edificio una vez más, e intentó subir las escaleras. Se puso los pantalones sobre su cabeza para no quemarse y valientemente trató de abrirse paso, pero fue en vano. El humo lo ahogaba y tuvo que salir, y en su desesperación cayó de rodillas clamando a Dios que salvara a su hijo.

¡Si tan sólo hubiera una escalera para poner por afuera!

Pero no había escaleras cerca, y parecía imposible que Juan, cito se salvara. A cada momento las hambrientas y crepitantes llamas se acercaban al rostro blanco y aterrorizado del niño.

El brillo del fuego se reflejaba en el rostro asustado de los que miraban sin poder hacer nada. Algunos de ellos gritaban sugerencias que se perdían en el estruendo del fuego que ardía en el techo.

¿No se podía hacer algo antes de que fuera tarde para siempre?

De repente un hombre que estaba mirando, sacudido por el pensamiento de la tragedia inminente, corrió hacia adelante y se ubicó bajo la ventana donde Juancito gritaba por ayuda. Agachándose llamó a otro hombre y le indicó que se subiera sobre sus anchos hombros. El segundo hombre obedeció, pero había tomado demasiado impulso y cayó al suelo... Probó de nuevo y esta vez tuvo éxito. Estirándose cuanto podía, pudo tomar las manos extendidas de Juancito y sacarlo por la ventana a un lugar seguro.

¡Salvado!

Un grito de alegría y gratitud surgió de la muchedumbre, y el edificio contestó como un eco al caerse el techo arrastrando consigo el lugar donde hacía instantes Juancito había estado parado. Por un milagro de la Providencia, nadie resultó herido.

-¡Vengan, vecinos! -gritó el agradecido padre -, arrodillémonos y demos gracias a Dios, porque El me ha dado a mis ocho hijos, sanos y salvos. No importa que la casa se pierda, soy lo suficientemente rico.

Y mientras lágrimas de alegría rodaban por muchas mejillas, se arrodillaron y agradecieron a Dios por su bondad mientras el incendio se apagaba solo al no haber nada más que quemar.

Juan nunca olvidó esa noche terrible. ¿Cómo podría olvidarla? De alguna manera dejó una huella en toda su vida posterior. Cuando fue grande llegó a ser un poderoso predicador, el se refería a sí mismo como un "tizón arrebatado del incendio". Siempre sintió que Dios debía de tener algún propósito para su vida al haberlo salvado en forma tan maravillosa en su niñez.

Ciertamente Dios tenía una gran obra para él, pues Juancito llegó a ser Juan Wesley, cuyo nombre es conocido ahora en el mundo entero. Fue el fundador de la Iglesia Metodista. Predicó a los pobres en los campos y en las calles de las ciudades, produjo un gran reavivamiento espiritual en Inglaterra en el siglo dieciocho, y salvó a su país de horrores de la Revolución Francesa.

Mientras los sanguinarios revolucionarios de Fraru cantaban "La Marsellesa", la gente sencilla de Inglaterra cantaba "Cariñoso Salvador" que les había enseñado Juan Wesley con su hermano Samuel.

¡Cuán grande fue la acción de ese desconocido que se esforzó esa noche para servir como escalera para salvar a un niño!

¿Quién puede precisar el valor de un niño? ¡Cuán preciosos son los niños hoy, y cuán grandes pueden ser mañana!

Niños y niñas, Dios tiene también un propósito para sus vidas. Su cuidado vigilante está sobre ustedes cada día para que también puedan llegar a ser grandes en su servicio en el futuro. Todos somos como "tizones arrebatados del incendio", para que un día podamos brillar con luz celestial para El en este mundo oscuro. Ojalá que con la ayuda de Dios, todos podamos ser como Juan Wesley.

## ARRESTADO POR UNA NEGLIGENCIA

Durante el mes de noviembre del segundo año de la gran guerra que enfrentó en el siglo XIX a los estados del sur ya los del norte de los Estados Unidos cierto joven cirujano fue asignado a un hospital cercano a Washington, la capital del país. Una mañana de lluvia, mientras se dirigía hacia la cama de un herido, se le acercó un ordenanza y lo detuvo.

-¿Es Ud. el Dr. Jason Wilkins? -le preguntó.

-Sí, señor.

-Lo lamento, doctor, pero tengo que arrestarlo y llevarlo a Washington.

Jason miró al ordenanza con aire incrédulo, y le dijo:

-Ud. se equivoca, amigo. El soldado sacó del bolsillo de su chaquetilla un sobre pesado que entregó a Jason. Este lo abrió con cierto temor leyó:

"Muestre esto al cirujano Jason Wilkins, del regimiento N \_\_\_\_.

Arréstelo y tráigalo ante mí inmediatamente.- A Lincoln".

Jason palideció.

-¿Qué pasa? -preguntó al ordenanza.

-No se lo pregunté al presidente. Salgamos en seguida, por favor, doctor -replicó el soldado secamente.

Asombrado, Jason partió rumbo Washington. Recordó todas las pequeñas contravenciones que había cometido. Al llegar a su destino, se lo encerró en una casa de pensión por una noche. Al día siguiente, a las doce, el ordenanza lo llevó a la Casa Blanca. Después de una hora de espera, apareció un hombre por la puerta del despacho del presidente y llamó: ¡Dr. Jason Wilkins!

-¡Presente! -contestó Wilkins.

-Por aquí -y Wilkins, después de seguirlo, se encontró en una sala cuya puerta se cerró detrás de él.

En la sala no había más que un nombre, pero ese hombre era Lincoln. Sentado ante su escritorio, fijó sus oscuros ojos en el rostro de Wilkins -un rostro fresco y joven, a pesar del temblor de las rodillas.

-¿Es Ud. Jason Wilkins? -preguntó el presidente.

-Sí, Excelencia -replicó el joven cirujano.

-¿De dónde es oriundo Ud.?

-De High Hill, estado de Ohio.

-¿Tiene Ud. parientes?

-Únicamente mi madre.

-Sí, únicamente una madre. Bien, joven, ¿cómo está su madre?

-Bueno... bueno... no sé -balbuceó Wilkins.

-¡No sabe! -rugió Lincoln-. ¿Y por qué no sabe? ¿Está muerta o viva?

-No lo sé -dijo el doctor- A decir verdad, hace tiempo que no le escribo, y no creo que ella sepa dónde estoy.

Lincoln golpeó con uno de sus grandes puños sobre el escritorio y sus ojos traspasaron a Jason Wilkins.

-Recibí una carta de ella. Supone que Ud. murió, y me pide que averigüe dónde está sepultado. ¿No sirve ella? ¿Es de mala ralea? ¿Eh? ¡Contésteme, caballero!

El doctor se enderezó un poco y dijo: -Es la mejor mujer que haya vivido alguna vez, Excelencia.

-Sin embargo, ¡Ud. no tiene razones para tenerle agradecimiento! ¿Cómo obtuvo Ud. su educación de cirujano? ¿Quién le sufragó los gastos? ¿Su padre?

-No, Excelencia -contestó Wilkins sonrojándose; mi padre era un pobre predicador metodista. Mamá juntó el dinero, aunque yo trabajaba para pagar casi todos mis gastos de pensión.

-Bien, ¿y cómo junto ella el dinero?

Los labios de Wilkins se pusieron tensos.

-Vendiendo sus cosas, Excelencia.

-¿Qué cosas?

-Mayormente cosas viejas; sin valor, excepto para los museos.

-¡Pobre loco! -dijo Lincoln-. ¡Miserable gusano! Los tesoros de su hogar... vendidos... uno tras otro... para Ud.

De repente, el presidente se levantó y señalando con su índice largo y huesudo hacia su escritorio, dijo:

-Venga acá y siéntese, y escriba una carta a su madre.

Wilkins se acercó obediente y se sentó en el sillón del presidente. Tomó una pluma y escribió una esquelita formal a su madre. –

Póngale la dirección y démela -dijo el presidente, y añadió, levantando un poco su voz severa:

-Y ahora, Jason Wilkins, mientras esté en el ejército, escriba a su madre una vez por semana. Si lo tengo que reprender otra vez por este asunto, lo haré comparecer ante una corte marcial.

Wilkins se levantó, dio la carta al presidente y se quedó esperando órdenes. Finalmente, Lincoln se volvió hacia él.

-Hijo mío -le dijo amablemente-, no hay en el mundo cualidad mejor que la gratitud. No puede un hombre encerrar en su corazón nada más ruin y bajo que la ingratitud. Aun el perro aprecia la bondad y nunca olvida una palabra amable o el hueso que se le dé. Lincoln volvió a hacer una pausa, y luego dijo:

-Puede irse, hijo mío.

Huelga añadir que el doctor reconoció la justicia de las severas palabras del presidente, y en seguida se puso a reparar para con su madre el aparente olvido en que la tuvo antes.



## **ASALTO EN LA CARRETERA**

Mientras el señor Henry estaba de viaje, un grupo de ladrones lo detuvo.

-Denos su dinero -exigieron.

El señor Henry no tenía alternativa, así que les entrego su billetera y todo lo que contenía. ¿Alguna vez te robaron? ¿Cómo piensas que reaccionarias? Créelo o no, el señor Henry no se molestó ni se enojó. En lugar de ello, estaba agradecido. ¿Por qué podría estar agradecido? Estaba agradecido porque nunca antes lo habían asaltado. Estaba agradecido porque la banda le perdonó la vida. Estaba agradecido porque no llevaba demasiado dinero con él. Y estaba agradecido porque no era el quien estaba robando. ¿No es asombroso?

El apóstol Pablo también paso por momentos difíciles. Menciona algunos de ellos en 2 Corintios 11: “Cinco veces recibí de los judíos los treinta y nueve azotes. Tres veces me golpearon con varas, una vez me apedrearon, tres veces naufragué, y pasé un día y una noche como náufrago en alta mar.

Mi vida ha sido un continuo ir y venir de un sitio a otro; en peligros de ríos, peligros de bandidos, peligros de parte de mis compatriotas, peligros a manos de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el campo, peligros en el mar y peligros de parte de falsos hermanos. He pasado muchos trabajos y fatigas, y muchas veces me he quedado sin dormir; he sufrido hambre y sed, y muchas veces me he quedado en ayunas; he sufrido frío y desnudez”.

Con todas las cosas terribles que le habían ocurrido, Pablo podría haber sido un anciano malhumorado.

Pero, en lugar de ello, escribió: “Den gracias a Dios en toda situación, porque esta es su voluntad para ustedes en Cristo Jesús”. Siempre podemos encontrar algo por lo cual agradecer.

Acuérdate del señor Henry y el asalto en la carretera, y busca razones para agradecer.

Narrado por: Keii Johnson

# ATISBANDO POR LA VENTANA

Por la Sra. E. A. Kay

Daniel se sentía muy solo. Todos sus mejores amigos se habían ido a la escuela; sin embargo su madre pensaba que él era todavía demasiado pequeño para ir. Durante un largo rato Daniel contempló la escuela desde lejos, pero luego se fue acercando y acercando. Pronto se arrimó más y comenzó a atisbar por el agujero de la pared que servía de ventana. ¡Cuán felices parecían sentirse todos sus amiguitos! Estaban escuchando tan atentamente que no oyeron cuando se quebró la tabla sobre la cual estaba parado, de donde cayó al suelo. No obstante, la maestra salió para ver lo que había ocurrido. ¡Pobre Daniel! No había tenido tiempo de levantarse del suelo; y cuando levantó la cabeza, vio que la maestra lo estaba mirando.

-Muchachito -le dijo ella- ¿por qué estás ahí sentado?

-Y-y-y... yo... yo... estaba mirando por la ventana, señorita -respondió Daniel- hasta que esta tabla se quebró y me caí.

-¿Por qué estabas mirando por la ventana'? -le preguntó la maestra.

-Porque quería ver lo que estaban haciendo mis amigos. Los extraño y quiero jugar con ellos.

-Ellos están escuchando una historia -le dijo la maestra- una historia acerca de Jesús. ¿Te gustaría entrar y escucharla también?

-¡Oh, sí, señorita! ¿Puedo? -preguntó Daniel poniéndose de pie de un salto.

-Ven, pero tienes que quedarte muy quieto -lo instruyó la maestra.

Daniel entró en puntillas detrás de la maestra y se sentó en un banquito de madera que la maestra le asignó.

Después de eso, Daniel seguía a los niños todas las mañanas, y cuando empezaban las clases, él atisbaba por la ventana hasta que la maestra le indicaba que pasara y se sentara en el banco. Cada mañana escuchaba la historia bíblica que se contaba en la escolita adventista. Nunca antes había oído hablar de Jesús, pero ahora le encantaban las historias. ¡Y cómo le gustaba cantar los cantos con los niños!

Ansiosamente aprendía las lecciones que la maestra trataba de enseñarle a los niños, y con determinación procuraba vivir esas lecciones en su vida.

Cierto día cuando entró en su casa, vio a su madre cocinando carne que no era limpia.

-Mamá, yo no puedo comer esa carne -dijo Daniel.

-¿De qué estás hablando, Daniel? -le preguntó sorprendida su madre--. ¡Esto es un manjar para nosotros!

-La maestra me dijo en la escuela que eso no es bueno para nosotros, y que no debíamos comerlo -replicó Daniel.

Su madre estaba muy sorprendida, pero se mostró muy interesada por escuchar lo que Daniel había aprendido. Había notado un cambio en su hijo, aunque no podía entender por qué. Quizá ésa era la razón.

De manera que cada mañana, cuando Daniel iba a la escuela y se paraba al lado de la ventana, su madre lo acompañaba. Se escondía para que la maestra no la viera, pero escuchaba cuidadosamente para oír lo que tanto interesaba al niño. Después de un tiempo, la maestra se dio cuenta de que la madre estaba allí y salió para conversar con ella.

Cuando comprendió por qué estaba allí, le preguntó si no le gustaría asistir a la escuela sabática el sábado siguiente y llevar con ella a Daniel. La madre estuvo de acuerdo en hacerlo.

Ahora Daniel, su madre y su padre vienen a la iglesia y disfrutan de las historias y de los cantos que hablan del amor de Jesús. Daniel anhela que llegue el día cuando pueda ir al Colegio de Mountain View. Quiere ser un maestro como esa maestra que le enseñó las historias de Jesús a quien él ama.

# AUN UN GORRIÓN

Por *EI.AINE SWANSON*

DONNA, de cinco años y su amigo Martín, estaban jugando en el montón de tierra que había detrás de la casa de Donna. Martín estaba haciendo un túnel para su camión rojo, y Donna estaba construyendo carreteras para su automóvil amarillo. Habían usado piedrecitas para representar las casas, y con ramitas habían hecho árboles.

Mientras jugaban, de pronto escucharon un sonido que pareció como el de un pajarito asustado.

"¡Chip! ¡Chip!". Donna levantó la cabeza. En el garaje no había ningún pájaro. Martín miró al árbol, pero allí tampoco vio a ningún pájaro. De nuevo escucharon el pío. Martín miró hacia el poste de teléfono.

Del alambre colgaba un pajarito que había quedado enredado en un hilo de barrilete. Había quedado apresado por una pata. Agitaba las alas desesperadamente tratando de libertarse, pero cuanto más luchaba, tanto más se le apretaba la cuerda que le oprimía la pata.

-¡Mira! Allá hay un pajarito que ha quedado apresado -dijo Martín señalando el avecilla aterrorizada.

Donna levantó la vista. Al ver el pájaro, se le llenaron los ojos de lágrimas.

-¡Oh, ese pobre pajarito! No puede soltarse. Tenemos que ayudarlo. ¿No puedes ayudarlo, Martín?

Martín era un muchacho grande, pero no lo suficiente como para treparse a un poste de teléfono.

-Yo no puedo trepar al poste -respondió Martín sacudiendo la cabeza.

-Tal vez papá podría hacerlo -continuó Donna.

-Tu papá no está en casa. Está trabajando -la interrumpió Martín.

Los niños se sentaron debajo del árbol a observar el pajarito. Estaba tan cansado que abría el pico para respirar.

-Me parece que se va a morir -dijo muy triste Martín.

-¡No! -gritó Donna-. No podemos dejarlo morir. Además, la Biblia dice que Jesús sabe dónde está cada gorrión.

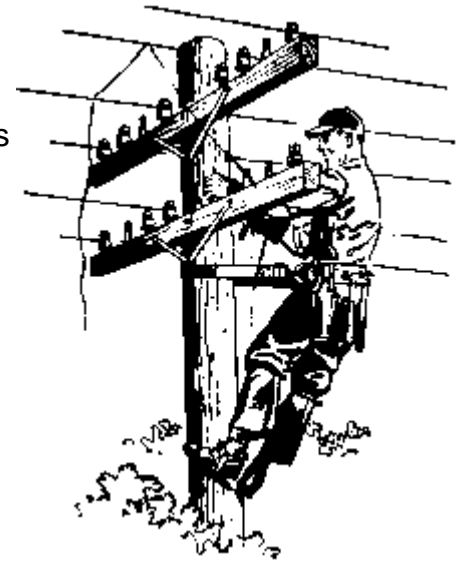
Donna se levantó.

-Ven, Martín -dijo-, y dirigiéndose al garaje, se arrodilló. Martín no conocía mucho acerca de la oración, de modo que Donna le explicó que ellos le iban a pedir a Jesús que los ayudara.

-Arrodíllate -le dijo.

Martín se arrodilló y juntó las manos como lo hizo Donna. La observó por un momento y entonces también cerró los ojos.

"Querido Jesús -oró Donna-, yo sé que tú cuidas de las aves. Hay un pajarito que ha quedado aprisionado en el alambre del teléfono. Te pido que envíes a alguien para que lo ayude. Amén".



Martín la miró a Donna.

-¿Tú crees que Jesús va a enviar a alguien?

Donna sonrió y sin decir nada salió afuera. El pajarito estaba todavía allí.

Martín miró por el pasillo de entrada.

-No viene nadie.

Donna no le contestó. Sonrió, y se fue al patio de adelante.

-¡Martín! ¡Ven enseguida!

Martín corrió donde estaba Donna, saltando y señalando algo que había en la calle. Martín miró y vio un camión oscuro. Al lado del camión había un hombre que tenía unas botas pesadas con clavos a los lados. Del cinturón le colgaba un teléfono y una bolsa con herramientas.

-¡Un hombre del teléfono! -exclamó Martín.

-Jesús debe haberlo enviado para ayudarnos -dijo Donna corriendo hacia el hombre.

Espere -lo llamó-. ¡No se vaya, por favor!

El hombre del teléfono se dio vuelta. Vio que Donna y Martín se acercaban corriendo hacia él. Se preguntó para qué lo llamarían.

- ¡Apresúrese, por favor! ¡Venga a ayudarnos! -dijo Donna tirándole de la manga.

-Hay un pájaro enredado en la línea del teléfono -explicó Martín-. No puede soltarse. ¿Puede Ud. bajarlo?

-Seguro -le respondió con una amplia sonrisa.

Martín iba primero, mientras regresaban a la casa. Cuando llegaron, lo condujo hasta el patio de atrás y le dijo:

-Allí está.

-¡Muy bien! -dijo el hombre. Y encaminándose hacia el poste, ayudado por los clavos que tenía en las botas, fue subiendo. Cuando se acercó al pájaro, se ató al poste con un cinturón y sacando unas tijeras de su bolsa, trató de alcanzar al pajarillo. El cinturón impedía que se cayera. Con una mano tomó la cuerda en que se habla enredado el pájaro y la cortó con las tijeras. Luego le desenredó la pata. Abriendo luego la mano, lo dejó en libertad.

Cuando bajó del poste, Donna le dijo:

-Gracias por haber llegado a tiempo para ayudarnos.

Mirando a Donna, el hombre le preguntó:

-¿Cómo sabías que iba a venir?

-Yo le pedí a Jesús que nós enviara a alguien que nos ayudara -le respondió sencillamente Donna-. Entonces fuimos a buscarlo. Ud. estaba allí, y yo sé que Jesús lo envió.

El hombre miró primero a Martín, quien parecía estar muy sorprendido y luego miró a Donna.

-Quizás lo haya hecho -dijo el hombre, silbando por lo bajo mientras regresaba a su camión.

## **AVES DE PAPEL**

-¿Oíste hablar de la campaña de los pájaros? -preguntó Chintana, mientras sacaba papeles de colores de su mochila.

-Sí, mi mamá me habló de ella. Ven, te voy a ayudar.

Las dos niñas se sentaron y comenzaron a plegar el papel, para crear aves. Supuestamente, las aves eran palomas, símbolo de paz.

Pero ellas sabían hacer grullas, no palomas. Tomaron cuadrados de papel y los plegaron una y otra vez.

Estas dos niñas no eran las únicas que estaban haciendo aves de papel: miles, quizá, millones de tailandeses habían decidido ayudar. Al final, plegaron un total de 120 millones de aves y las entregaron para la campaña especial.

¿Qué harían con 120 millones de aves de papel? Los soldados cargaron las aves en 50 aviones de la Fuerza Aérea tailandesa. Luego, los aviones partieron hacia lugares en guerra y conflicto, con la intención de “bombardearlos” con estos símbolos de la paz.

La gente que vivía en esas regiones miró hacia arriba, y vio aviones militares sobrevolando el lugar. Quizá se preguntaron qué estaba pasando. De pronto comenzaron a llover aves sobre ellos; millones y millones de pájaros de papel. Estaban siendo bombardeados con paz y buena voluntad.

¿No sería grandioso que no hubiese más guerras, ni disparos ni crímenes, y que nuestro mundo estuviera en paz? Aunque eso no ocurrirá hasta que Jesús vuelva, podemos hacer nuestra parte para esparcir paz y buena voluntad hacia quienes nos rodean. Jesús aseguró: “Dichosos los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios”.

Piensa en ello. ¿Qué puedes hacer para traer paz a tu hogar, a tu vecindario, a tu aula, a tu iglesia?

Por Helen Lee Robinson

## **AYUDA PARA LAS VICTIMAS DEL TSUNAMI**

Nos gustaría colaborar con dinero para ayudar a las víctimas del tsunami -dijo Dercio, entregando algunos meticales de Mozambique (nombre de la moneda local) al voluntario de la Cruz Roja.

Era una pequeña donación, pero el voluntario de la Cruz Roja sabía que significaba un gran sacrificio para Dercio y su familia.

-Aquí hay algunas ropas -dijo Mbwebwe, el hombre que seguía en la fila, y entrego dos camisas limpias y prolijamente dobladas. El voluntario de la Cruz Roja le agradeció, y colocó las dos camisas en la pila, que iba creciendo detrás de él. Las pequeñas donaciones siguieron entrando. La gente se había enterado del desastre provocado por el tsunami en el sudeste asiático.

Miles de personas habían muerto, y muchas habían perdido todas sus posesiones. Las olas se habían llevado consigo casas enteras. -Me gustaría poder dar más -dijo Kransinaque. Y ese fue el sentimiento expresado por muchas personas que se acercaron al centro de donaciones de la Cruz Roja durante las semanas posteriores a la catástrofe. Querían ayudar, y estaban dispuestas a compartir lo poquito que tenían.

La gente podría haberse negado a dar, pensando que lo poco que tenían no podría ayudar mucho a los demás. Pero, aunque muchas de las donaciones fueron pequeñas, se fueron sumando, gracias a la generosidad de muchas personas como Dercio, Mbwebwe y Kransinaque.

Piensa en lo que tú puedes hacer para ayudar a otros que están en necesidad. La Biblia dice: "Gente pobre en esta tierra, siempre la habrá; por eso te ordeno que seas generoso con tus hermanos hebreos y con los pobres y necesitados de tu tierra" Quizá no tengas mucho para dar, pero recuerda que aun un poquito puede ser una gran bendición para alguien que necesita ayuda.

Narrado por: Keii Johnson